

Agosto 2014.

© Guillermo Prieto.

Nota del editor: Respetamos el uso de los signos ortográficos y contracciones en la época.

Esta publicación es financiada con recursos de la RLS con fondos del BMZ y Para Leer en Libertad AC.

www.rosalux.org.mx
brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Jorge Belarmino Fernández.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

MEMORIAS DE ZAPATILLA

La Heroica Ciudad de México en 1847

Guillermo Prieto

Edición y prólogo: Juan Gerardo López

Prólogo

“Sin dirección, desangrándose, desgarrado, corriendo como ciego entre abismos buscando a la Patria que se le iba de dentro de sus brazos, así fue el pueblo y así le vencía el abandono de sus defensores y de los poderosos: pero aquel ruido de guerra hacía compañía al alma, en ese ruido había Patria y esperanza...”

Fidel

LA CIUDAD

Vamos a adentrarnos a la ciudad de México cuando era otra, una de las que ha sido. Admirémosla en uno de sus momentos álgidos, tal como fue retratada por Guillermo Prieto, según se lo dictaban sus recuerdos: heroica; simultáneamente escenario, protagonista y testigo del esfuerzo, del coraje, la valentía, la solidaridad y la dignidad. Así la pintó en esta crónica — cuento — historia con la habilidad de que sólo él era capaz.

Aquella era una ciudad menos poblada, menos extendida, más asequible por la mirada, con unos referentes que hoy no son fácilmente identificables: canales,

puentes, garitas, callejones y barrios que han dejado de existir y otros que perviven sin que al ciudadano contemporáneo le sea fácil advertir su antigüedad.

Esa ciudad cuyos lindes eran sólo un poco más extensos que la actual delegación Cuauhtémoc y que se conectaba por caminos y canales entre ciénegas y chinampas, con lugares paradisíacos y lejanos como Tlalpan. U otros asimismo pintorescos como Tacubaya o Churubusco, y algunos otros habitados por recios rancheros como La Candelaria y San Lázaro. Esa ciudad, cuando aún su geografía revelaba fielmente la traza mestiza, resultado de la convivencia entre los indios de los barrios y los españoles de los solares, en muchos puntos es aún nuestra ciudad, escenario en que se desarrollaron los hechos que Prieto está a punto de describirnos aquí.

Contemplaremos una ciudad poblada por clases sociales hoy extintas, o sólo modificadas en su nomenclatura. En ella veremos circular a los *Dones*, lo mejor y lo más florido de México, oficiales del ejército alistados en el cuerpo de “¡ay mamá!”, que son ricos comerciantes y hacendados que conformaban el batallón de Hidalgo. O a los *Tíos*, Bravo, Santa Anna, Pérez y otros generales, al frente de las divisiones; los *rotitos*, gente “de bien”, refugiados en las azoteas de sus casas bajo sombrillas blancas y coloradas y banderas de todas las naciones de este mundo y del otro. O los guardias civiles; los valientes mestizos de los batallones de Bravos y Bravos de Chilpancingo; los soldados rasos de las castas bajas; los indios, entre quienes por su bravura y pundonor sobresalía, el teniente Xicotécatl. O los curas patriotas enca-

bezando al pueblo en las calles abanderados con imágenes de la virgen de Guadalupe, “madre de los mexicanos y enemiga cerrada de la Virgen cachupina”; los boticarios, sastres, y otros hombres y mujeres que arriesgaron y perdieron parientes, salud y sus pocos bienes en la resistencia.

A su lado, pero no con menos importancia, los léperos, los tullidos, las garbanceras, los chapulines y toda la variopinta población pobre de la ciudad que animó la rebeldía contra los invasores, aportando lo único que tenían, sus vidas, banderas negras y otras rojas, improvisadas bayonetas hechas con palos y machetes, y especialmente piedras, muchas piedras.

EL AUTOR

Nacido en Tacubaya en 1818 y fallecido en la Ciudad de México en 1897, Guillermo Prieto fue actor, testigo y cronista del complejo país posterior a la Independencia. Su especial mirada abarcó casi todos los aspectos de la vida nacional y supo transmitir sus vivencias a un público amplio. Intelectual de letras y protagonista de la historia, se valió de la poesía, el cuento, la novela y la crónica, el ensayo de muy diversa especie, para difundir su apasionado modo de pensar y actuar.

Gracias a su vasta obra es posible observar las facetas de lo mexicano y a los mexicanos en sus facetas, con la óptica de quien reconoce la imposibilidad de mantenerse neutral en la vida y en las letras ante el derrotero de la Patria.

Prieto fue un autor romántico, pero ante todo, un amante del pueblo, que semana a semana entregaba amenas columnas a diarios y revistas, con espléndidas narraciones de la vida cotidiana, que aderezaban sus opiniones políticas.

Entre las más famosas están las de la larga serie *Charla dominguera: Mi guerra del 47*, publicada en la *La Revista Universal*, un diario de política, religión, literatura, ciencias, artes, industria, comercio, agricultura, variedades y anuncios, entre 1874 y 1876. En esas colaboraciones don Guillermo, bajo el seudónimo de Fidel, se valió del recurso literario de las memorias, para publicar en cuatro domingos sucesivos (12, 19 y 26 de septiembre y 3 de octubre de 1875) *Las aventuras de Martín Zapatilla* durante la defensa popular de la Ciudad de México ante la invasión yanqui en aquél año.

Señala el autor en el proemio que los redactores del periódico le habían encargado el comentario de la conmemoración del 8 de septiembre, fecha de la batalla de Molino del Rey, con que inició la heroica defensa de Chapultepec, pero que el editor de la revista elaboró una nota sobre esa solemnidad, en la cual el propio Prieto había sido el orador principal y la había publicado el viernes 10. Por eso optó por escudriñar en sus recuerdos hasta que se encontró con la figura de Martín Zapatilla, pícaro, patriota, digno narrador central de una épica que reivindica el valor de una sociedad que hubo de defenderse sola ante la invasión, pues el Ejército había evacuado la plaza por la decisión colegiada de Santa Anna y su séquito, en la noche del 13 de septiembre, cuando los

estadounidenses se apoderaron del Castillo de Chapultepec.

Zapatilla se revela como la metáfora de un pueblo que vivió la angustia de ver el avance de tropas extranjeras, traicionado por los jefes del ejército. Es el heroísmo de la leperuza, esa masa de harapientos que se ennoblecieron al defender la Patria, con la guía de oficiales, sastres, carpinteros, boticarios y algunos “rotitos” con agallas.

Es sumamente contrastante y paradójica la descripción que hace Prieto de la grandeza de la clase política, su pulcritud en el vestir, su porte elegante, sus finas maneras y su incapacidad para coordinarse y resistir efectivamente el avance militar de los gringos. La pintura de Santa Anna es aleccionadora: muy valiente y vitorioso por su tropa, pero incapaz de reconocer la orografía del suelo que gobernaba y debía defender, impasible e indignantemente refugiado en la Villa de Guadalupe Hidalgo, sin mandar refuerzos efectivos a la gente de la capital que a gritos los demandaba.

Allí está Nicolás Bravo, con todo su honor; el llanto por la muerte del General Balderas, la audacia suicida del oficial indígena Xicotécatl, de los cadetes y de la broza de la ciudad, como en una imagen homérica que daba identidad y, por lo tanto, legitimidad y sostén al proyecto histórico de los liberales.

Es el lenguaje del pueblo, con sus ¿viusté tal cosa ...?, sus chisgarabís y, en fin, todas las palabras que anidaron en el sentido común, y nadie sabe cómo ni cuándo se perdieron antes de llegar a nosotros; la lengua de un cuentista

que, sabiéndose genial, se pretendía a sí mismo como un transmisor fiel de la gramática ingenua del pueblo.

Las memorias de Zapatilla representan un teatro heroico, donde es posible reconocer una parte de la identidad mexicana que difícilmente destacaría la historia oficial, valores indispensables entonces como hoy para mantener aquél y este país: la solidaridad, el patriotismo, la organización y el coraje. Vamos pues, a mirar aquella ciudad, esta ciudad nuestra y a mirarnos a nosotros mismos en ella.

Para este trabajo fueron revisados y cotejados los ejemplares de *La Revista Universal*, diario de política, religión, literatura, ciencias, artes, industria, comercio, agricultura, variedades y anuncios, conservados en la Hemeroteca Nacional.

Juan Gerardo López

MEMORIAS DE ZAPATILLA

Con descortesía inaudita, con descortesía de diurno atufado o de contribucionero con jaqueca, me vi hoy forzado a dejar con la palabra en la boca a D. Santos, precisamente cuando todos los misterios de la Pontificia Universidad pensaba revelarme con delicia de una parte de mi público, portador en otro tiempo de capelo y borlas y diestrísimo en la bárbara y en el distinguo.

Y yo propio prevenía y pensaba, y componía mis disculpas, porque el mes de septiembre es el mes de la Patria, y cuando su sol alumbra y su aire se respira, y se extienden sus cortinajes de nubes espléndidas en el cielo azul del otoño, la pluma se quiere saltar de los dedos y hacer cabriolas, como chico que a las cinco de la tarde deja el aula y sale reñido con el sosiego y con la seriedad, y con todo lo que no sea sandunga y algazara.

No hay escapatoria; venga mi montera y que cobre el chic de gorro frigio, y zumben las canciones populares por todo este cuarto, tarareando desde el "Somos independientes, viva la libertad" hasta "Los cangrejos", conceptuados en un tiempo como "La Marsellesa" de la chinaca.

¡Y luego es tan lindo este mes de septiembre!, tiene mucho de la vida que presiente la muerte; riendo, cantando, abandonando al viento sus hojas secas, es decir, sus esperanzas muertas; empujando a las sombras sus celajes de oro; es decir, sus ilusiones perdidas.

Cátenme vds en tren de describir a salga el sol por Antequera, la solemnidad del 8 de septiembre en Chapultepec, cuando de manos a boca va llegando la señora Revista con la descripción del pe al pa, muy guapita, y vestida como ahora se usa, que no hay más que pedir.

Quedéme frío, y participé a mis compañeros, que por más que me hubieran anunciado como a las píldoras de Holloway y como a la zarzaparrilla de Sauto, y como a las Cien Mil Camisas, lo que es yo no daba una plumada.

—Pero diga vd maestro, eso no es posible.

—¿Cómo no ha de ser? No se ha preparado vd alguna vez y llamado la atención de su auditorio para contar un cuento... y alguna señora impaciente no se ha anticipado y dicho... Ah, sí, el cuento aquél... ¿el mismo que acaba con que no se casan por tal cosa...?

—Pero vea vd que ésa es mucha susceptibilidad.

—¿Susceptibilidad? ¿Susceptibilidad, porque no hago la suerte, después que han puesto al descubierto los resortes y las tretas que producen la alucinación? ¿Éste es repaso o es charla? ¿Es la Fille de Mme. Angot, que soporta diez representaciones seguidas? ¿Son guantes para que los vendamos por pares? ¿Es partida doble? Al diablo los muchachos, y déjeme vd zurcir a mi manera mi charla, que bastante tiempo hemos perdido.

Entréme en mis recuerdos para charlar algo del asunto del día, y mis recuerdos son como una almoneda; por aquí un ajuar destartalado de los salones de 1833; por allá unas galas marchitas de mis solaces de 1840... Apartaba memorias, abandonaba sueños, desempolvaba cantos, y ni una cháchara que exponer para contentamiento de mis lectores.

De repente, como si de entre aquellos tarantines hubiera saltado gato despavorido o ratón nervioso, sorprendido en excursión temeraria, va saltando festiva, clara y traviesa, y para mí encantadora, la memoria de Martín Zapatilla, chisgaravís amigo de colegio, que mucho fungió y mucho me entretenía con sus expediciones guerreras del año de 47.

Martín Zapatilla era el tipo del estudiante perdulario; pobre como Aman, con más picos pendientes que la hacienda pública, con más malas mañas que niña de convento; más mentiroso que programa político, y más lleno de enredos que empresario de teatrillo de segundo orden.

Zapatilla era estudiante de primer año de leyes; pero su muerte era que le tuvieran por estudiante de medicina al recibirse; visitaba y tenía amistad estrecha en todas las boticas, en las que tenía en jaque siempre, el elixir de Garús y las pastillas de Vichy; se pavoneaba con una clientela de ancianas que le llamaban su San Antonio, y no podía hacer más, porque entonces ni nos pasaba por la nariz la homeopatía.

Cómplice de todas las rebeliones del colegio, remediando a los catedráticos a las mil maravillas, y reproduciéndolos en las paredes en caricaturas con lápiz; íntimo

de los criados, diestro para inventar salidas y en contacto afectuoso con las lavanderas, doncellas de labor y beldades abandonadas vecinas de los queridos muros de Letrán.

Zapatilla tenía una fisonomía imposible de describirse: un borlón rubio de indóciles cabellos encaramados sobre una frente que tenía de la citarilla y de la bóveda; dos cejas prófugas y como al escaparse cada una por su lado por las sienas, y unos ojos que eran su proceso, verdiosos, despabilados, como con animación independiente de la cara, como transeúntes, como remundados adrede para cada persona con quien hablaba.

El vestido de Zapatilla era la abreviatura de una tienda de empeño: por aquí una cadena, por allí la levita como sobrepuesta, un chaleco de militar, un corbatín de la última cosecha, un sombrero con sus puntas de clerical; pero eso, ¡qué corazón de Zapatilla!; socorría todas las necesidades aun cuando echase mano de lo ajeno; lloraba con todas las desdichas y tomaba heroico participio en las jubiladas de los compañeros, en las palizas de los novios y en los cuidados de cualquiera clase que fueran de grandes y chicos.

Por supuesto que jamás se sabía la cátedra; pero disputaba como un desesperado sobre todas materias. En los tiempos que corren, no habría tenido precio para la redacción de un periódico.

Sea como fuere Zapatilla, inquieto, partido, valiente, generoso, era la adoración del colegio.

Malas lenguas decían que Zapatilla era hijo de una viuda buena moza, a quien compadecía el rector de un modo especial, motivo porque no había ido nuestro amigo con su música a otra parte.

Lo que es yo, me inclino a creer que Zapatilla no tuvo nunca ni padre ni madre, sino que se encontró nacido sin saber cómo, ni meterse en ninguna especie de averiguaciones.

Al llegar la invasión americana al Valle de México, Zapatilla era un rehilete; se hizo amigo de todos los oficiales, visitaba las trincheras, se dejó luengo bigote, lanzaba proclamas, componía versos y tenía verdadera fiebre de amor patrio.

Un día, la gente se agolpaba en el callejón de López, frente a una de las ventanas de la espalda del colegio de que pendían unas sábanas anudadas fuertemente. Aquello fue el anuncio de la fuga de Zapatilla para ir a engrosar las filas de los patriotas.

Copiemos ahora los fragmentos de las memorias de Zapatilla, que es el obsequio con que pretendo complacer a mis lectores:

“Haciendo de tripas corazón y recordando que un hombre de mi calibre no se podía estar mano sobre mano, viendo a la Patria en peligro, me salí del colegio el 15 de Agosto sin más ajuar que un inmenso sable con vaina de acero, que metía un ruido de dos mil demonios.

“Por supuesto, puse a mi Cuca, sobrina del padre guardián, una carta que hacía temblar las carnes. Cuca vivía por San José, en una casita entresolada, limpia como un relicario y con una ventana propicia en donde yo estampaba mis besos en la dolorosa ausencia de los labios o la frente de la señora de mis pensamientos.

“Apenas salí del colegio fui a presentarme con D. Manuel Reyes Veramendi, que fungía de gobernador; era

un vejancón rechoncho, con su chaqueta de indiana amarilla, su capa a la española y su sombrero tendido de pelo blanco. En la Diputación estaba de frac; pero le tenía tal aversión al chupiturco, que cuando fue diputado dejaba a guardar a los criados de la Cámara el tal guandambur que se ponía al entrar al salón y que dejaba en la puerta.

“Reyes Veramendi, después de decirme algunas chanzas, me dio benévolo una carta de recomendación para D. Benito Quijano, que era el comandante general.

“El general Quijano es arrogante mozo y está en todos los puntos, tiene una exquisita elegancia, que realza con la fineza de sus modales.

“Es yucateco y pertenece a una de las más distinguidas familias de aquella península; alto, moreno, con una naciente calvicie que pone en relieve una cabeza realmente artística, sus ojos negros, su espeso bigote, sus maneras de alta distinción.

“El general Quijano no sólo me dio mi pase como voluntario, sino que en medio de aquel trajín y de aquel ir y venir de ordenanzas, oficiales, arrieros, espías y mujeres que hervían en la comandancia, me puso una carta de recomendación de rechupete para el general D. Nicolás Bravo, que estaba en la hacienda de San Antonio, camino de Tlalpam.

“En el camino, recibí una cartita de Cuca con unas palabras de la Purísima que guardé con mucha devoción; y unos bizcochitos que devoré con mucha apetencia porque estaba yo como un farol.

“Aguardo, pedí un papel y un tintero en una lechería y escribí: ‘La Patria me llama. Tuyo hasta la muerte. ¡Cuidado con los primos!’

“El general Bravo es un hombre grueso y corpulento; de furia levantada, frente abovedada pero no muy ancha, ojos negros, de mirada franca y apacible, nariz acaballetada y larga, boca recogida, doblado el labio inferior con el puro que eternamente está entre sus labios.

“Vestía el general levita y pantalón azul, chaleco blanco de casimir con botón dorado de águilas; ancha faja azul ceñía su cintura, y cubría su cabeza una cachucha con cordones de oro.

“La pieza de la hacienda que ocupaba el general era amplia y hermosa; un catre, dos sillas, una mesa; en la mesa un anteojo, una botella de vino jerez y unas soleas, bien provocativas por cierto.

“Recibíome con agrado el general; me preguntó mi nombre y se cercioró de mi buena letra, porque, no es por alabarme, escribo muy regular y con buena puntuación... y después de un corto silencio, me dijo con la voz tarda que le es genial.

—‘Quedará vd conmigo... que le den a vd un caballo’; diome un papelito para uno de sus ayudantes y a la media hora estaba abrazado al cuello de D. Canuto, que así se llamó mi caballo, en una de las caballerizas de la hacienda.

“Mi poca edad, mi carácter servicial, tal cual cancioncilla picaresca, que pespunteo en la vihuela, y la buena voluntad del general, me pusieron por las espumas y, ¿qué más?, hasta con asistente, a quien llamé Fafaláis, por el lastimoso estado de su vestido.

“Fafaláis se estrenó en mi servicio llevando una misiva a Cuca que hacía llorar las piedras.

“El 19 de Agosto estábamos en los balcones de la hacienda, cuando fue llegando el general Santa Anna en su caballo blanco.

“Santa Anna en todo está, es despierto como una avispa, tiene el ojo que escudriña, la mirada es el todo en Santa Anna: inquiera y agarra con ella, es leperusca al extremo.

“Venían con Santa Anna dos hombres de hermosa presentía, D. José María Tornel, alto, de elevada frente, de negros ojos, de soberbio busto; al hablar torcía un poquito el labio inferior; era naturalmente arrogante en la figura y en la palabra, que era muy sonora.

“Basadre tiene los ojos más lindos del mundo; negros, como de azabache; es moreno apiñonado, de dentadura dispareja, habla muy bien, fresca y persuasiva la voz; monta a caballo pésimamente; la mirada es inquieta, sus manos son finas como las de una dama: tras de estos tres, venían García Torres, D. Vicente, el impresor, en su caballo colorado frisón; muy charro D. Vicente, con los flecos de su banda colgando a la cintura y muy alegre, venía junto a Benito Zenea; Pancho Schafino, moreno, de ojos verdes, elegantísimo con ese *laisse-aller* de hombre grande, con su puro en los labios, sus guantes y su tren lujosísimo. Schafino es el sueño de oro de las mujeres y la envidia de los muchachos.

“La hacienda da la espalda a los volcanes, y el frente a las lomas de San Ángel.

“Desde los balcones de la hacienda a la izquierda, se ven las montañas y a Tlalpam en su descenso con sus alegres casas sacando las caras por entre los árboles. Por allí el Carmen, más allá la hundición del río... en el llano muy

fresca y muy coqueta Goicochea; por entre unos magueyes y bordos el callejón que lleva de la Peña Pobre a Padierna.

“Frente por frente de la hacienda, las lomas de San Ángel, como he dicho, y bajando la ruta, a la derecha, malpaís; lomas, milpas, y muy orondo en medio de todo esto, Churubusco, como un señor obeso que se hubiera apartado del camino para que no le mellara la gente.

“Luego que llegaron los señores, se subieron a la azotea con el general Bravo y todos nosotros.

— ‘Ve vd — decía el general Santa Anna, con el antejo en la mano y mirando un tanto a la izquierda —, ese cerro es Zacatepec, ahí está Scott’.

“Aquella altura es la puesta en el mapa con el nombre de lomas de Pelón Cuautitla.

Por supuesto donde hablaba Santa Anna, nadie replicaba.

“A poco, señor de mi alma, que trompeta por aquí, que carreras por allá, que todos nos pusimos en un pie y que como a las dos horas van saliendo tres columnas y trepan por aquellas lomas que era para entusiasmar a un muerto.

“Santa Anna es valiente a carta cabal; sus tropas le victoreaban, se salía mi corazón de entusiasmo; al oír la música solté las de San Pedro.

“Iba Santa Anna con el general Zenea, que es guapo mozo; de patillitas negras, bajito de cuerpo, muy currutaco y muy simpático.

“Se fue la tropa, el general me mandó a varias partes...

“A aquello de las tres de la tarde el fuego en Padierna hundía al mundo; nosotros estábamos en la azotea.

“Veíamos los esfuerzos heroicos de Valencia.

—‘Caramba —decían unos—, ¿qué no verán a esos yankees que se van escurriendo por San Jerónimo, y ya mero lo cercan?’

—‘¿Y aquello que blanquea no es la fuerza del general Pérez?... ¿Pues por qué permanece inmóvil?...

“El general Bravo es como de piedra; su fisonomía no se contrae jamás; es no sólo indiferente al peligro, sino insensible; su valor tiene la temeridad del desprecio a la muerte... para él, ella no existe... y sin embargo... al ver aquello... solía toser y tomar la visera de su cachucha con dos dedos y encender un nuevo puro, sin estar a medias el que botaba...

“Yo me envejecía, me estaba muriendo de inquietud, hubo un momento en que hubiera querido moverme... cuando después de un vivo fuego entre el humo espeso, vimos avanzar a los yankees al ranchito de Padierna... allí... vimos patentemente con el anteojo, alzarse un grupo, bajar a estrujones nuestra bandera, y después desplegarse lenta y en toda su extensión la bandera americana; yo lloraba como una mujer... el general me puso la mano en el hombro... ¡Caramba, me hubiera querido morir!...

“El general Santa Anna, que pernoctó en San Ángel, dio orden en la noche del 19 para que fuéramos a la capital el 20.

“A las diez de la mañana salimos de San Antonio; iban a la cabeza de la columna los cuerpos de Hidalgo y de Victoria, compuestos de empleados y comerciantes, y de lo mejor y más florido de la juventud de México.

“El cuerpo de Hidalgo lo mandaba el señor D. Pedro Fernández del Castillo, tesorero general de la na-

ción, y persona de distinguidísimo porte, alto, grueso, blanco, muy cortés en su decir, y muy atento con todos.

“Al frente del batallón Victoria iba en un caballo hermosísimo D. Pedro Jorrín, finito, delgado, apacible de aspecto; pero un hombre de mucho honor y de calzones muy en su lugar.

“Yo caracoleaba sobre D. Canuto, como un Napoleón; las garbanceras me sonreían, los oficiales me decían chifletas, yo a todos contestaba, y sentía mi corazón listo y contento como una golondrina.

“El general Bravo se empeñó en no salir y no salió de la hacienda hasta no ver en marcha al último soldado. “Los yankees que estaban en Cuapam ocuparon la hacienda y comenzaron a tirotear nuestra retaguardia.

“Nuestra marcha llenaba como un río la amplia calzada, sin permitir desviación alguna porque eran ciénegas las llanuras de uno y otro lado.

“El batallón de Lagos, al mando del licenciado Perdigón Garay, sostenía nuestra retirada.

“Este general Perdigón es de lo más completo y de lo más querido del pueblo. Moreno, panzón, alegre, de ojos penetrantes, de nariz roma, de boca abierta y dentadura blanca. Con talento supremo, franco, tirador, compasivo y amigo de confundirse con el pueblo, aceptar sus usos e identificarse con sus penas y placeres.

“Tiene siempre en su pos doncellas doloridas y mujeres mal casadas, viejas desamparadas y chicos perseguidos por la justicia.

“Es liberal rojo hasta la punta de los dedos, y su brazo y su corazón son de su Patria; su bolsillo del primero que llega...

“Soltó la carcajada el general al ver a D. Canuto y me llamó para hacerme unos encargos.

“Hallamos a México en la mayor consternación; la gente toda estaba en la calle, en grupos rodeando a los que pasaban con noticias.

“Las señoras hablaban de balcón a balcón como si toda la ciudad fuera una sola casa; las ventanas y accesorias estaban de par en par, pero sin gente.

“Atravesaban corriendo los ayudantes, transportaban parque los carros, y por algunas bocascalles se veían cruzar en dirección de la Diputación o de Jesús camillas con heridos que difundían universal consternación.

“Antes de entrar en la capital, dio orden el general para que viniese a México dejando el Peñón el general Herrera con su división, en que estaba el valiente batallón de Mina, que tan heroico se manejó siempre.

“Cuando entrábamos a la capital, en Churubusco, estaba habiendo una frasca de cien mil demonios.

“Acababa de pasar por allí y no me pasaba por la imaginación que iba a haber semejante rejolina de balazos.

“Pero eso sí, los yankees iban a fumar de a once finos .

“Buenos amigos tengo allí, Independencia, el batallón Bravos, Bravos de Chilpancingo, Tlapa, y la compañía de San Patricio con el Tuerto Moreno, que es como la retostada.

“No; y D. Manuel Rincón tan gordote y tan bueno, y D. Pedro Anaya tan adusto, con su color amarilloso y sus cejas fruncidas y sus narices chatas, y D. Manuelito Gorostiza nada les digo; no es la primera zorra que desuella; con sus bucles entrecanos sobre las sienes; ¡qué

frentota aquella!, si anda jorobado es de un bayonetazo que le dieron en la guerra de independencia de España.

“Fue un infierno aquel Churubusco: murieron yanquees como hormigas.

“Yo me pavoneaba en las calles como un Cid; sofrenaba mi caballo y le prendía los acicates al pasar frente a las hermosas; ya una vieja me llama para preguntarme por su sobrino, ya un grupo de curiosos quiere les rectifique tal noticia, ya una linda y pudorosa joven rodea la conversación para que le cuente lo que había pasado al amado de su corazón.

“Mi Cuca estaba hecha un basilisco y con unos celos que ardía.

— ‘A mí no me importa la Patria — me decía —; que la defiendan los que le sacan el quilo’.

— ‘Pero, vida mía, ¿y la gloria?’

— ‘Nada de gloria; es que tú estás en tus glorias y que yo soy muy desgraciada. ¿De quién es ese pañuelo?’

— ‘Me lo dio un compañero en lo más encarnizado de la refriega creyendo que me habían herido’.

— ‘¿Oyes? ¡General!’

“Yo no sabía a derechas lo que era y dejaba a la chica bufando...

“El general Bravo vivía en la calle de la Joya en el barrio de las de frente china y ojos dormidos, la flor y la nata del garbanzo hasta las calles de San Juan.

“En éstas estábamos, cuando vino el armisticio y dieron al general el mando de Chapultepec...

“Huy!, y qué desmantelado estaba aquello; no tenía entonces la habitación de arriba más que un piso; el edificio del centro tenía la vista para el sur.

“Allí conocí al general Tola, director del colegio; era de artillería, bajito de cuerpo, trigueño, muy peripuesto y muy pegado a ordenanza como de la escuela del marqués de Vivanco.

“Aquellas noches las pasé de perros. Como con el armisticio no se podían hacer obras exteriores, todo estaba quieto por el día y a prima noche.

“...A las doce de la noche, comenzaba la faena del acarreo de vigas; dirigía la maniobra D. Jacobo Barroso, y rodeábamos por la hacienda de La Teja y San Miguel Chapultepec.

“Aquel silencio, aquellas vigotas, aquel cuchicheo lúgubre, me imponía no sé por qué.

“Así estuvimos hasta el día 8: con la primera luz, estaba el general en la punta del cerro viendo como para Tacubaya.

— ‘¿De quién es aquella casa del portalito? — preguntó’.

— ‘Es de D. Antonio Garay’.

— ‘Ésas son las baterías americanas, están a flor de tierra’. Ése es campo de los yanquees.

“Yo todo me volvía ojos.

“Desde la espalda del Arzobispado hasta la Casa Mata, frente a los molinos de trigo y de pólvora, tocando la última arruga de las lomas, se extiende, como una cornisa extensísima, una faja que declina en un escalón hundido tocando el cual están los edificios de los molinos.

“Dentro de ese edificio se ve como una S boca abajo, así, esos son los arcos; la cabeza es el molino del Salvador, la cola la antigua fábrica de pólvora...

“Parece que estoy viendo el campo.

“En las lomas de los Morales se veía como una inmensa culebra aterciopelada entre cuyos pliegues reverberaban haciéndose olas las espadas. Aquello era la caballería con cinco mil hombres como trinquetes.

“Nosotros estábamos como en un balcón dando la espalda al sol; a la izquierda azuleaba, como si se hubieran derretido los montes, la tropa yanquee; a la derecha clarito se veía la caballería; en el centro, en los edificios, estaban las fuerzas de León, de Balderas y de Echegaray.

“León era acendrado, ancho de cuerpo, muy sereno, y muy aquello de atento con todos.

“Balderas era moreno, de ojos vivísimos, llena la cara, listo al moverse, juguetón y risueño; sus amigos le estimaban por sus dotes de caballero, sus soldados le adoraban...

“Miguel Echegaray es alto, bien plantado, rubio, de grandes bigotes; se ponía como un camarón en la fatiga, sus cabellos caían sobre su frente enrojecida como hilos de lluvia cuando alumbra el sol.

“La trifulca fue feroz, nosotros estuvimos al rodar cien veces, al presenciar sus accidentes.

“Yo había descendido, estaba encaramado como una ardilla a una rama que salía como un brazo, desde allí daba mis partes a gritos...

— ‘Ya no parece el general León; llega una camilla; de fijo le han herido’.

— ‘Quien está herido es Lucas Balderas’.

— ‘En efecto, seguía combatiendo; pero hincado’.

— ‘¡Viva México!, ¡que viva! ¿No ve vd señor... correr los yanquees...?’

—‘Que toquen diana...’

“Yo no sé cómo no me rompí el bautismo, estaba casi volando.

—‘Bien D. Miguel... muy bien... Valiente muchacho’.

“El general estaba viendo a Echegaray recobrar junto a la era del Molino una de las piezas... Arremetió su cuaco, revoleó su lazo, lo prendió a la pieza y se la trajo...

“Aquello era un frenesí de entusiasmo...

—‘¡Martín!, ¡Martín!, pronto, el coronel Balderas ha caído, vea vd que le traigan aquí’.

“Bajé el cerro casi rodando, tomé mi caballo y entré a carrera abierta por el arco chato.

“Ese arco chato lleva por un lado a la calzada de la Verónica, por el otro al ranchito de Ánimas.

“Encontré al pasar el arco a D. Pioquinto de la Rioja, honrado y patriota, dueño de Anzures; la derrota ya rugía... Pasaban caras siniestras, se oían espantosas imprecaciones.

—‘Dígame, D. Pioquinto, ¿ha visto pasar por aquí una camilla?’

—‘Es la del general León; la llevan al Hospital de Jesús; creo que no es mucha cosa, siempre el dinero sirve: ¿ya saben lo que sucedió?’

—‘No sé nada’.

—‘Pues, señor, que le pegaron abajito del corazón; pero como que tenía una onza en el bolsillo, la onza se hizo lo propio que un cajetito, y eso le ha salvado la vida’... (En la noche murió el general León: ¡qué cosas del señor D. Pioquinto!)

—‘No es al general León al que yo busco; a quien busco, es al general Balderas’.

— ‘Ahí va orita — me dijo D. Pioquinto, señalándome la calzada recta de Chapultepec’.

“Volví entonces las riendas a mi caballo y le prendí los acicates, echando a correr como un desesperado.

“A la izquierda del camino, en una chocita de mala muerte había un grupo de gente disputándose la entrada.

“¡Allí agonizaba el general Balderas! Penetré empujando a la gente... no sé lo que sentí... Vi arrodillado gimiendo con el rostro pegado contra la frente del cadáver del general, a mi tierno y querido amigo Antonio Balderas... Aquello me despedazó el corazón”...

“Salí a orientarme de lo que pasaba, con el corazón en un puño: ya he dicho que el jacalito en que estaba el general era muy reducido, que era oscuro; y se me aflojaron todos los tornillos de que vi al hijo dando alaridos sobre el cadáver de su padre.

“Fuera del jacal, con la cara pegada a los adobes que formaban sus redes, había un soldado viejo con la boca negra de pólvora, los ojos relucientes en el fondo de las marañas de cabellos que le formaban su pelo ralo cayendo y su revuelta barba, como queriendo cubrir en matorrales dispersos su arrugada frente.

“El viejo se limpiaba unos lagrimones como nueces, con el reverso de la mano.

“Conocí al tío Timoteo, zapatero de hombre, y con un corazonsote ¡como el calendario de piedra de la Catedral!

— ‘Tío: ¿pero cómo ha sido esto?’

— ‘Para morir son los hombres: no había de morir de parto. Envidia le tengo; lo que me puede es su mala cabeza. Porque yo bien se lo decía... Oye, Lucas — le dije desde que estuvimos en Nonoalco —, tú estás enfermo. Ve y refocílate, que tiempo hay de que vuelvas, porque sigue la anderga. Él me dijo:

— ‘No; yo aunque sea en camilla, me bato con mi cuerpo...’

— ‘Pues tú lo quisiste... ¡álgame, qué hombre tan lindo!...

“Y ahogaban los sollozos al viejo. (Después de una pausa siguió):

‘Esta mañana todavía fui yo a la casa; la señora se fue para la iglesia; iba como una difunta, no es ponderación... Yo me vine corre que corre... En el camino empezó a darme vueltas el corazón... mujeres, carreras... y el fuego por alta arriba, de venirse abajo el mundo... Topé con un mocito, el despabilado que había visto en la sanfruncia.

— ‘¿Diga vd mi amito?... ¿Espichamos?’

— ‘Cállate, bruto.

— ‘Ese bruto no es por apropiarme; pero es cosa de cariño... Voy a ver qué pasa con el general León; y me dejó oscuro... Entre carros, caballos, mujeres y quién sabe cuántos estorbos, antes de la Casa Colorada en que estaba el espital, vi el cuerpote de D. Pedro Manderlin... ¿lo conoce vd?... Grandote, ancho de espaldas, de ojos azules, con su furia y su bigote regüero, y unas manos gordas, con que menea el cuchillo de la despedición.

— ‘Inspección, hombre, inspección —ése es el general Vanderlinden, jefe del cuerpo médico.

— ‘A todos los conozco, y a su segundo D. Luis Camón, aflautado él, barbilampiño, con sus ojos negros y haciendo ruidito con las narices; a D. Manderlin, le pregunté ¿qué es de mi general Lucas Balderas...?’

— ‘No hay cuidado — me dijo —, ya lo curé; guárdate de ir a avisar a la familia — me dice con su lengua de trapo...

‘Redepente se me puso el Chino frente por frente, y me dice: — ¿Dónde vas?, el tío está en las últimas aquí adelante: ¿Viusté lana? Así sentí el suelo... ¿viusté aigre juerte?, así sentí en los oídos: ¿viusté... yo no sé qué?, así sentí en mi corazón.

— ‘¿Cómo estuvo la cosa? — le dije al Chino, entre si aúllo o no, como una criatura...

— ‘Pues llegó el yanquee frente al Molino... y salió el general con el cuerpo; parece que iba a un baile...; al mero salir... le atinaron una posta en el pie derecho que lo hizo hincar... el yanquee estaba encima... el pobrecito, arrastrándose seguía avanzando, pero no podía... pidió al tordillo, y montó chorreando sangre... entonces Mina estaba en toda su flor...

‘El tío Salcedo estaba a un lado tan fuertote con su pelo crespo, sus ojos negros y sus labios gruesos... Del otro lado, D. Simón Alemán, el sastrecito que parece que se va a quebrar de la cintura, y Díaz, que más parece escribano de Palacio que zapatero, con su nariz afilada, su calvita muy limpia, y sus políticas, y su hablar como quien canta... El tío estaba en su caballo blanco como un Santiago... Estos malditos yanquees a los jefes les tiran que es horror... En un tris tras, le metieron al general una

bala por el estógeno que le hizo astillas el espinazo, y le volvió a salir... Cayó redondo en los brazos de D. Manuel Peralta: ya lo trajeron entregando el alma...

“No se me olvidará nunca aquel jacal... El general estaba vestido de gris... y su chaqueta le servía de cobija... con las mangas sueltas como queriéndolo abrazar... moría el general en un petate; allí estaba arrodillado su hijo Antonio, sobre el cadáver...”

“Yo volví entre todo el horror de la derrota...

“Creí que me gritaban... volví la cara, era un carro con su toldo de sobrecama... iba a retroceder... sacaba la cabeza bajo el toldo mi Cuca lindísima... ¡Ave María Purísima...!

—‘Compañero, vamos pronto’ — me gritó un ayudante —; y alzándome en los estribos y volviendo el rostro, le tiré un beso a la muchacha que debe haberse oído hasta México de seguro.

“Pasábamos entre mujeres que se desgañitaban a gritos, y entre una procesión de heridos que espantaban y atormentaban con sus lamentos y quejidos; unos iban conducidos en camillas, los otros en hombros de hombres; algunos arrastrando el alma por aquel camino.

“Todavía cuando subimos al cerro, las baterías hacían fuego vivísimo sobre el campo del Molino del Rey. Brillaba muy claro el sol; no sé por qué se fijó tanto en mi memoria ver sobre el verde de la loma de la Casa Mata blanquear aquí y acullá nuestros muertos, como piedras de sal, como trozos de nieve que hubiesen quedado sin derretirse.

“En la tarde del día 8, y cuando más estábamos sintiendo la tristeza de la derrota, oímos en México repi-

car; nadie puede figurarse el mal efecto que produjo el embuste oficial: era como esas abiertas de ojos y esa risa forzada de los cadáveres galvanizados.

“Los restos del batallón glorioso de Mina fueron a Chapultepec. A un lado del hospital del Mirador se agruparon unos de aquellos soldados. Yo, que era un amigo de todos los alumnos, en menos que canta un gallo fui a pedirles auxilio para los compañeros. ¡Oh, y qué muchachos tan parejos y tan hermanables! Quién me da pan, quién una cobija, quién un pedazo de pollo, y quién una cajetilla de cigarros.

“Los artesanos aquellos no estaban muertos ni cabizbajos, querían seguir peleando; y con mucha justicia levantaban al cielo las hazañas de los valedores.

“Cuando contaron lo de Margarito Suazo y lo de Arrevillaga el relojero, tragaba yo gordo y sentía como encharcados los ojos en lágrimas.

“Margarito era un mocetón arrucado y listo; a la hora de los pujidos, él estaba en primera; él era muy hombre; le hirieron de muerte, y a chorros le corría la sangre... viéndose perdido, coge la bandera del cuerpo matando a los que se echaban sobre ella... la dobla y la acurruca en su seno... después entró expirante y trastabillando al edificio del Molino, allí se quitó la chaqueta y la camisa, y se enredó contra su cuerpo la bandera. Sorpréndele después de vestido el enemigo; él lo resiste, le hieren de nuevo, y muere apretándose el pecho donde tenía la bandera... Doña Anita Suazo, madre de Margarito, tiene la bandera clareada de bayonetazos y con manchas que dicen clarito que estuvo empapada en sangre.

“Lo de Arrevillaga es otra cosa. Marquitos Arrevillaga era un tirulín de pantalón de coetilla y chaqueta; blanco, frente estrecha, boca grande, con blanquísima dentadura, nariz como una papa, por eso le decían el Chato, los ojos traviosos, listo como sacristán en día de función.

“El Chato se moría por Lucas Balderas: pero era asustadizo como un conejo... fuese el general para el Molino del Rey y el Chatillo se alistó como dependiente; ninguno mejor que él para cuidar la ropa y disponer una fritanga; el Chato era como una mujer hacendosa, todo chistes y todo aspavientos, cuando se trataba de los balazos...

“El día 8 se ocupaba en cuestiones de cocina; cuando se arreció la pelea, alguien dijo al Chato lo que pasaba con Balderas; entonces el Chato descuelga una espada, bota allá lejos el delantal de cocinero y corre al combate... aquél no era hombre, era una fiera, un héroe sublime; reúne unos dispersos, los conduce cerca de la era, y cuando Echegaray recobra las piezas, el Chatillo estaba a su lado siendo la envidia de los más valientes, y la honra del batallón de Mina.

“Cuando aludía a sus hazañas el maldecido Chato, volvía a sus chanzas y a sus repulgos de monja boba como para quitarse la reputación de valiente.

“El día 9, el silencio del bosque, el de la ciudad entera, espantaba más que antes el clamoreo de guerra y el aparato belicoso de la matanza.

“Desde el Castillo se veía a los yanquees tendidos en el sur; en el aire cristalino sobresalían las rayas escarlatas de esa bandera que tiene su pedazo de cielo, como emblema de ambición insaciable.

“Tacubaya, San Ángel, Coyoacán, Coapam, la hacienda de San Antonio, se distinguían entre las milpas verdes; las arboledas y los mantos de oro de los trigos, por todo eso andaban los yankees de aquí para allá, y se veían como inmensas serpientes blancas las hileras de sus carros con sus abovedados techos de lona.

“Al pie del cerro todos eran parapetos, zanjas y fortificaciones sin concluir... En la parte superior, habían hecho blindajes del lado aquél de los dormitorios, y un andamio exterior de mucho mérito y que tendría muy bien hechas sus doscientas cincuenta varas.

“Tres personas trabajaron con actividad admirable en esas fortificaciones: el general D. Mariano Monterde, que era el mero jefe de los alumnos, alto, grueso, bien repartido, moreno, de pelo lacio, de ojos negros, nariz afilada, con un lunar que le bailaba sobre el labio superior.

“Juan Cano, muy joven, rechoncho y nutrido, barbilampiño y cachetón, de frente lindísima, con uno que otro mechón caído sobre ella, boca grande, dentadura de perlas; hablaba sabroso, reía por arranques.

“Siempre estaba de broma, decía a los muchachos badulaquillos; ¡pero qué alma aquélla!, ¡qué saber!, ¡qué grandeza de sentimientos!; se botaba sobre un blindaje a descansar con su Tácito en la mano o su Salustio; se bebía el latín... el dinero lo veía como tierra; ¡qué yucateco tan noble y tan heroico! Quisiera escribir con polvo de oro estos recuerdos que le dedico.

“Manuel Gamboa es un perejillo como hecho con alambres; es una charamusca humana; más tiene de sacatrapos que de hombre; pero pídale vd pundonor, y nada le digo; pídale dignidad, y ahí te quiero ver esco-

peta, y pídale valor y empeño, y no permite que le eche nadie el pie atrás...

“Esos ingenieros, la verdad de Dios, merecen una estatua como un San Antonio una vela.

“Yo no descansaba; principalmente yendo con mis recados al general Santa Anna, que ya veía así, de reojo, al tío Bravo y me echaba unos julepes que veía yo lumbre.

“Al ir a cada expedición, eran los encargos de los amigos a la mamá, al viejo papá, y sobre todo, a las prendas aquellas del alma; con una de esas palomas reía, con otras lloraba; ¡me interesaba por todas... ¡lindas de mi alma!, era de todas ellas mi corazón cuartel general.

“Eso de lo correveidile, cuando no es profesional, tiene sus goces, necesita ingenio, suele apasionar aun en calidad de inocente comisionista.

“Además, no había chocita ni aldehyeguita, ni casuca de los alrededores en que no hubiera familias de las que habían abandonado la ciudad, y yo era de todo el mundo; yo era pueblo y Patria, cabalgando en D. Canuto como un Bernardo del Carpio.

“Cuca había sufrido una completa transformación, y se había convertido en una patriota desaforada. Se relacionó no sé cómo con otras chicas amantes de la Patria, y era un trajín el suyo tremebundo; iba a la iglesia y promovía rogaciones y triduos, enviaba hilas a los hospitales, recogía limosnas y derramaba proclamas y folletos que era una condenación.

“La mamá la reñía, el padre fray Sabino sacaba tantas uñas; pero ella a nada atendía y me amaba con frenesí...

“¡Qué deliciosos momentos cuando en las altas horas de la noche dejaba mi caballo al cuidado de Fafaláis... y sofocando los gruñidos de mi sable, me escurría hasta tocar las rejas de su ventana!

“Las noches eran negras como de terciopelo; se oía su voz dulcísima; adivinaba su fisonomía conmovida; sus ojos que no distinguía, estaban reverberando dentro de mi alma; cuando aquella voz, húmeda de llanto me suplicaba, sentía una lluvia de consuelos angélicos dentro de mi corazón.

“Yo, arriesgado y medio fanfarroncillo; ella, suplicante y llorosa.

“Por lo demás, ya se sabe las conversaciones de los enamorados: se componen de peros; andan y desandan, se van por un callejoncito y vuelven por otro más bonito.

“Estábamos en que el 9 y el 10 se nos fue en relances.

“El 11 pasó el general Santa Anna una gran revista en conmemoración de la batalla de Tampico.

“Con todo lo que había pasado y que doña Antonia en sus furias pone de vuelta y media al pueblo y al ejército diciéndoles cobardes y ruines, la gente estaba muy templada y no se perdía la esperanza de dar una buena merecida a los gringos.

“Todo el trajín estaba por acá del lado del sur y del poniente. En la Viga, Candelaria y el Niño Perdido había guardias nacionales listas todo el día en tren de guerra; nada de vendedores, ni ventas, ni cuchicheos; en San Cosme estaba el general Rangel...

“El general Rangel es alto y rubio, pálido, su frente bien hecha, sus ojos pardos, su nariz aperfilada y su

bigote muy claro, por entre el cual se percibe su dentadura dispareja. Es muy listo de movimientos y se sabe batir como león...

“El 12 comenzó el verdadero fandango de Chapultepec, desmintiendo todas las conjeturas y la obstinación perra del general Santa Anna, de que nos batían por el Niño Perdido o la Candelaria.

“Las baterías de los americanos, colocadas por el Molino del Rey y a un lado de la Alberca, comenzaron la sanfruncia, y nos hacían pedazos.

“En la parte superior del cerro estaba gran parte de la tropa, serena, inmóvil, en una inacción más terrible unas veces que la muerte.

“Se mandó que se sentasen los soldados teniendo sus fusiles entre las piernas; llovían las bombas; al estallar sobre las peñas se centuplicaban los proyectiles; al volar las balas y las bombas entre los árboles, destruían las ramas que volaban gimiendo con estrépito espantoso.

“Las balas huecas aúllan como gentes... los soldados estaban siempre inmóviles, pero las balas los iban a asesinar en sus asientos: entonces quedaba un hueco y un charco de sangre... aquello era horroroso sobre toda ponderación. Aquel suplicio en la inmovilidad; aquella muerte sin ruido; aquel terror concentrado sin más desahogo que el “ay” del herido... todo aquello era más imponente que todos los asaltos de la tierra.

“Morir matando: morir entre la embriaguez de las músicas, de los vivas; morir flameando nuestras banderas al eco de los clarines; entre nubes de humo, es morir en el gran festín de las almas entusiastas.

“Pero dejarse matar así en silencio... como quien atraviesa a oscuras por entre asesinos, eso está sobre todo lo que se puede contar.

“Para mí, digo para mi coletito, y sin meterme en dimes ni en diretes: ésta es una de las páginas más grandes y sublimes del ejército mexicano; pero allá verán cómo ni caso le hacen, porque para esto de las ingratitudes somos como el mismo demonio.

“Serían las doce del día cuando bajé con un oficio para el general Santa Anna. El fuego era espantoso; el general Santa Anna, no obstante que su estado mayor es numerosísimo, estaba con muy pocos a la puerta del jacalito que se halla a la entrada del bosque.

“Tenía el general su largo paletó blanco y un fuefuecito en la mano.

“A muy poca distancia de él, estaba Juan José Baz: ¿quién no conoce a Juan José Baz, desde los meetings aquellos de la Universidad en que metió bastante escándalo?

“Juan José no tiene pelo de barba, es rubio, y sus guedejas rizadas le caen sobre el cuello; tiene la frente ancha y abovedada, los ojos garzos claros, la nariz afilada y puntiaguda, el color pálido. Es belicoso como Satanás; su voz se atipla en el enojo; pero D. Juan se conmueve con cualquiera acción generosa, y tocándole ciertas teclas, su corazón es de mantequilla...

“Tío Fuguillas es D. Juan José, y en esta campaña se puso a la grupa vida e intereses, y allá va como demonio.

“Juan José, como él hace, disputa y se hace campo en movilidad constante; grita, y con sus gritos se embria-

ga y de allí sale una barbaridad o una acción digna de un héroe.

“Al volver con no sé qué retobo del general Santa Anna, llegaban a la parte alta del cerro D. Antonio Haro y Tamariz y el coronel Carrasco, que llevaban al general Bravo parque de fusil.

“D. Antonio Haro es un señorito como de alfeñique, muy finito, muy angostito y muy peripuesto y currutaco.

“Sus ojitos azules, su nariz perfecta, su boca reducida, su patillita a medio carrillo, sus manos de niña; la voz de D. Antonio Haro es melosa, sus maneras de exquisita finura, su vestir de correcta elegancia... ¡pues quién le cuenta a vds que este caballero, educado por jesuítas, tipo más bien parisiense que mexicano, entidad de baile, y como quien dice galán joven del teatro del mundo, sea como seis mil demonios de valiente!

“Como todos los chiquitines, D. Antonio es afecto a los grandes caballos y a las luengas espadas, a los tacones altos y a las pistolas como culebrinas... pero es el mismo Satanás, ya le vimos la obra en Churubusco, cuando abandonando el cuerpecito de Tlalpam, él y D. Nacho Comonfort se pusieron a la cabeza e hicieron actos temerarios de valor.

“Lo que es el coronel Carrasco eso es otra cosa. Es un fronterizo por los cuatro vientos... Nervioso y disputador: emborrascada su fisonomía en los cabellos que cubren su frente, suelto, ágil; no anda, se dispara; no habla, truena; no tantea el peligro, le acomete aunque sepa que se desbarata el alma contra un muro.

“Pepe Carrasco es hombre de rara instrucción; pero su afecto a lo maravilloso, a lo extraordinario, lo arrastra y lo seduce sin que nadie lo pueda contener: el título de héroe, ¿para qué hemos de mentir?, se lo ha ganado al chaleco en este Valle de México.

“Cuando llegaron Haro y Carrasco frente al tío, éste estaba almorzando, lo mismo que en el comedor de su casa, en medio del aguacero de balas que caían por todas partes. Cerca del general Bravo, almorzaba muy quitado de la pena el licenciado Lazo Estrada, chiquitín moreno de ojos muy grandes negros, y disputón como él solo. Este licenciado se hizo muy notable por su valor.

“Después de oscurecer cesó aquel maldecido bombardeo que había durado catorce horas.

“Espantoso quedó el bosque; los viejos ahuehuetes parecía que se quejaban heridos; en los parapetos había sus grupos que como que jadeaban después de la fatiga

“La parte de arriba ofrecía otro espectáculo: los muchachos alumnos se entretenían con la esperanza de sus triunfos del siguiente día; se oían por allí risas y contento, sí, señor, contento, apenas esto se puede creer.

“El mirador de cristales presentaba un aspecto horrible; una que otra vela de sebo pegadas a la pared en que embarraba su luz, despedía claridad intermitente y siniestra sobre cadáveres y heridos, que en total abandono y revolcándose en su sangre agonizaban; veíanse grupos que atendían a algún herido que tenía deudos que pudieron penetrar hasta aquel recinto pavoroso de lamentos, quejidos y lágrimas.

“Yo recuerdo, como si fuera ahora, que fui presa de dos ideas, que no me dejaron descansar un solo momento. Una de ellas, fue que me pareció una falta completa de vergüenza no haber sacado ni un rasguño en toda aquella zurribarra de balazos; y no es por alabarme, pero anduve por donde quiera como cualquier hijo de vecino, y si es verdad que ayudaba por aquí a conducir un herido, y por allá, a consolar a una vieja, y más adelante cargaba a un chicuelillo en brazos, también es cierto que al paso pedía un fusil a un soldado y daba mi manita y saltaba donde estaban más apurados y echaba arenga a los que querían correr. — ‘Zapatilla, con nosotros: a ellos’. — ‘Valedor, una poquita de agua’. — ‘Mi oficial, un trago’. Y yo por todas partes; pero ya digo: ni un rasguño.

“Hubo veces que me hubiera querido disparar un balazo entre cuero y carne para seguir sirviendo con mi brazo colgado de una mascada negra.

“Otra de mis tentaciones era escribir una carta en verso a mi Cuca, que estaba cada vez más fina y más redivina que una Virgen de los cielos, porque no vayan vds a pensar, cuando yo menos lo pensaba, ahí tienen vds a Fafaláis con un papelito escrito con un lápiz despuntado y envuelto como Dios quería, pero que decía:

‘Negrito de mi vida: cuídate mucho, cuidado y como te va a suceder algo, porque pierdo el quicio (el juicio que-
ría decir); y no más... Jesús María y José te acompañe...
Te adora y te quiere mucho, mucho, muchísimo...
Tu esposa, quien tú sabes

P.D. Mándame decir si te gustaron los dulces que te mandé y el chocolate. Adiós, mi vida’.

“Esos eran los momentos en que me poseía el furor poético...

‘Truena el cañón, se arrecia la boruca
‘y grito, maldición al yanquee impío,
‘y cuando quiero renovar mi brío
‘me acuerdo de los ojos de mi Cuca.

“Pero este consonante en uca, me trabuca, me machuca, me hiciera erizar la peluca se entiende, si fuera yo señor... de peluca.

“Pero ahora, vamos a lo mero bueno, porque va a sacar la cara el 13 de septiembre, que fuera muchísimo mejor que la hubiera metido en el caño, si no nos había de dar la victoria.

“Se me pasaba decir que antes de que anocheciese el 12, se presentó por allá, por las alturas de Cuajimalpa, D. Francisco Modesto Olaguíbel con una fuerza del Estado de México.

“Yo vi a D. Pancho así de paso, después de lo de Padierna: me detuvo hablando con el Nigromante, que era mi valedor muy querido, y que traía reventando el saco de agudezas y pullas envenenadas.

“¡Oh!, cómo se me quedó grabado el Nigromante con su frente homérica, su color oscuro, sus ojos centelleando en el amarillento blanco que los circunda, su nariz acaballetada, punza la mirada del Nigromante su

glacial aspecto... es como la superficie helada de un volcán, pero es uno de los corazones más nobles el suyo, así como su capacidad es una fuente poderosa de luz... Ignacio es encogido y taciturno, ama... pero tiene la debilidad de ocultarlo como una debilidad...

“Partí mi chocolate y mis bizcochos con Ignacio, y él me dijo que o me estorbaban, o temía que me hicieran daño...

“Desde entonces no había vuelto a saber de Oluagübel... hasta que se apareció por Cuajimalpa; el Nigromante se había quedado en Toluca con el vicegobernador Pérez Fernández, que era un patriota de los de obra fina, como lo probaron sus hechos.

“Estamos en que amaneció el día 13.

“De por detrás de la cerca del bosque en que estaban a propósito unas vigas, saltaban yanquees que era una gloria.

“El general Pérez murió al principio de la acción; iba atravesando el pasadizo de madera por el frente de la calzada de Belén; Pérez era un delgadito, muy fino y muy caballero; parece que le estoy mirando con su dolman azul.

— ‘No es esto nada, muchachos, ya vuelvo — decía sonriendo, y casi al expirar’.

“Ardía a nuestros pies el bosque; yo con otros chicos queríamos rodar peñas para aplastar a aquellos malditos.

“En la rampa se batía el cobre de lo lindo; todo el cerro era un verdadero infierno.

“La columna que atacaba la rampa vaciló; la gente decía: “¡Bravo, Xicoténcatl, bravo!, ¡que viva México!” Aquello era una desesperación; agarrados a las peñas,

colgando de las ramas de los árboles, queríamos, tirando, auxiliar a aquel cuerpo de leones.

“Xicotécatl era un indito que no se daba un flaco por él; de voz dulce, de ojos hundidos, de pómulos salientes.

“Parecía de hule aquel héroe. Saltaba como un Satanás, y donde él estaba había luz de Patria, y venía, al querer o no, el ardimiento.

“Hieren a Xicotécatl, y se le nota más bravura; cae y los enemigos gritan: ¡hurra!; pero vuelve a levantarse y riega los enemigos a sus pies. Al expirar este héroe divino retumbaba el bosque con sus gritos de ¡viva México! ¡San Blas siempre vence!

“Los yankees trepando como cabras y salvando peñas y matorrales, entraban arrollándolo todo por la puerta superior de la plaza de arriba.

“Allí toparon con el coronel Cano que venía muy resuelto con su pistola en la mano.

“Los enemigos le rodean; él se desembara de dos de ellos; le piden la espada; contesta exprimiéndoles la pistola en los hocicos.

“Entonces cayeron sobre él y le despedazaron.

“Fue éste el momento de los alumnos; aquellos mocosos se volvieron fieras.

“El tío Aspilcueta, flaco como una vara de membrillo, estaba con ellos; allí estaba el general Dosamantes.

— ‘General, le veo andar de medio lado’ — le dijo un muchacho.

“El general se volteó de frente; tenía una ancha herida de que corría su sangre, se ladeaba para que no lo viesen y seguía batiéndose como león.

“¡Cuánto muchacho regado a los pies del invasor en la flor de la vida!

“El general Bravo estaba como una encina inmóvil en medio del huracán que tronchaba los lindos arbutos que le rodeaban.

“¡Adelante, muchachos!, se gritaban unos a otros, por allí Márquez, más adelante Escutia... el chatillo Barrerita, el chapulín aquél a quien le decían el Duende.

“Yo estaba donde más arreciaba la lucha; unos yankees empezaban a rodear la parte del cerro que ve a Anzures y por donde estaba el hospital.

“Los heridos se levantaron como espectros, y comenzaron a luchar con piedras, con armas que recogían, medio desnudos, con sus cabellos erizados, con los rostros cadavéricos.

“Empujábanse los combatientes unos a otros, y se precipitaban rodando entre las peñas y matorrales, y caían que era horror.

“El general no descansaba; aquello era un día del juicio. No había un solo accidente del terreno que no representase una faz de la tremenda lucha; el cerro mismo era un gigante que temblaba, que mugía y que parecía que se desangraba.

“En la parte más alta del bosque; en el Caballero Alto del Castillo estaba una compañía de San Blas al mando de un muchacho Murphy que no se me despinta.

“Parece gringo, frentón, de bigotes, encarnado como un camarón.

“Éste tenía mil legiones de demonios en el cuerpo. Sus soldados lanzaban torrentes de balas y de fuego contra los enemigos; ya la lucha había terminado, ya los

surcos de sangre del pabellón de las estrellas estaban en alto, y Murphy se batía como un desesperado.

“Le rodean por todas partes los gringos; él se bate como un demonio; le hieren una y dos veces y él grita:

— ‘¡Muchachos, aquí nadie se rinde!’

“Yo no sé cuántas heridas sacó este hombre, cuyo nombre quisiera plantar aquí con letras formadas de luceros.

“Yo tenía un mar de dolor en el alma; no sé por qué me lastimaba tanto ver entre las ráfagas de humo que clareaban nuestro Valle de México tan lindo, con sus volcanes, sus lagos, sus verdes llanuras, sus hileras de árboles frondosos... y sus ganados tranquilos, y las aves volando a lo lejos muy alegres en los aires.

“Cuando todo había concluido, cuando no hubo una pulgada de terreno qué defender... el general Bravo entró en su cuarto y encendió un puro, sin que una línea ni una sombra enturbiara aquella fisonomía imponente y augusta.

“Yo que le conocía mucho sabía que estaba con el infierno en el alma, y me persuadía de ello una contracción imperceptible en su labio superior.

“Así, en aquella postura, se le presentaron los yankees; preguntáronle su nombre... él respondió con naturalidad nobilísima... “Yo soy Bravo. ..” Los yankees se descubrieron y le dispensaron mil consideraciones y muestras de respeto.

“Nunca he visto más infeliz a D. Antonio Santa Anna que cuando en su papel decía que Bravo había huido, y se le encontró escondido en una zanja... Vamos: ¡este D. Antonio tiene cosas!... y sin embargo, ni él es traidor ni mucho menos cobarde.

“Me volvió la tentación de herirme que no la podía resistir. Como yo ni tenía divisas ni figura de valiente, luego que vi al general seguro, me escabullí como un venado, y trepando el acueducto de la calzada de Anzures, tomé soleta por la Verónica, hasta un ranchito de Casa Blanca que colinda con la calzada de la Teja.

Me refugié en el ranchito de La Teja, como tengo dicho, para tantearme y esperar a Fafaláis con mi caballo, porque aquél era un punto más fuera del bativoleo que ya era tremebundo.

“Además, allí era donde empezaban a abrirse las dos piernas del compás que caían sobre México, esto es, las dos calzadas de Belén y de la Verónica.

“La calzada de Belén se va sin zumba, y por la derecha hasta la capital; la otra se trepa, y en lo hondo corre el camino para La Teja, de suerte que se ve como sobre la cabeza la arquería y a su través pasar la gente como si fuera en el aire. Todo esto es dando la espalda al bosque: a la mano izquierda, quedaba la flecha al frente de la Condesa, camino de Tacubaya.

“La gente del ranchito, de calzón de cuero y de enaguas de jerguetilla, andaba como espantada, atendiendo a todos y sin desechar a persona viviente.

“No faltaban sus mandrias que pasaran por allí buscando parque, o peones para conducir a los heridos que eran muchos y que sembraban por todas partes quejidos y lamentos.

“Yo tenía un abismo en el alma y un nudo en el entendimiento; me parecía que otro señor estaba dentro de mí, viendo lo que pasaba, asomado a mis ojos como a un balcón...

“Así volteando para aquí y para acullá, vi a Zavala, asistente de un oficial del 3º, cuyo nombre no recuerdo, y que salió herido en el Molino; pero Zavala se volvió no sé por qué, con los alumnos; aguardo: sí sé por qué, era alumno su teniente y el coronel Echegaray lo sacó con otros muchachos para su cuerpo...

— ‘¡Zavala!... ¡Zavala! — le grité al verle pasar por la calzada, y encaramándome a un bordo para que me conociese; es de advertir que yo estaba hecho un despropósito de rasgones, de mugre, de lodo, de arrancones y averías — ... Zavala, véngase, viejo; tomamos un tentempié y seguimos de frente’.

“Zavala era un viejo taimado, robusto, entrecano, ronco, muy tieso y como de palo por fuera; pero hombre a carta cabal y que no se blanda en los apuros.

“Dio la vuelta Zavala y se me puso al frente alargando la mano a una redoma verde con refino que andaba dando vueltas y recibiendo besos de los más necesitados.

“Como va vd. por aquí? Qué anda vd. haciendo? No me ha visto a Fafaláis?... lo dejé tomando la puerta del bosque...

— ‘No me diga mi oficial, si aquella puerta del bosque está como dos en un zapato... si aquello está hecho una piña y como les arriman mucha candela por el hornabeque y la calzada, aquello es el día del juicio, allí dejé al tío Santa Anna, y como soy cuando quiero del general Matías, pude salir como Pedro por su casa’.

“Trajeron algo de refrigerio, Zavala había emprendido la contesta con el dueño del rancho que [estaba], en mangas de camisa, boquiabierto y teniendo al

frente a sus chiquitos que oían al soldado del 3º embebecidos, yo no cesaba de esperar a Fafaláis, que era mis pies y manos para tomar por cualquier camino... Junto a la lumbre del ranchito estaba un hombre mal herido, pero haciéndose fuerte porque no quería que lo llevaran al hospital, donde había una carnicería espantosa.

‘El 7, decía Zavala, después de formarse en el campo... álgame Dios, y que quedaba retebueno... no sé por qué nos dijeron al cerro se van vds... y nos fuimos porque el 3º ligero... es de la pura ley, pues lo que queran, dijo mi coronel Chagaray, y juimos al cerro. Los ca-trincitos del colegio se volvieron locos de gusto como que vían muchos aparceros. Dulces, frutas y refino, todo nos dieron, y que todos adoraban en mi cuerpo, como que no había otro.

‘Hay veces que en un ejército, el tío manda que salgan oficiales y sargentos... tran! trán! tarran!... salen todos y el cuerpo sigue maniobrando como si tal cosa.

‘El 7 nos tendimos en toda la rampa del cerro... Cuando antes de alborear la mañana y muy de repente, pómb! porró!m!

‘El coronel estaba a caballo... el cuerpo todo, como si fuera de una pieza, saltó con fusil al hombro. El güero se alzó en los estribos y cerrando el ojo aquél... y con su vocesota sólo dijo ansina: ‘3º ligero, a la carrera’; y pies para qué los quiero... llegamos a la puerta de atrás del molino... Avísenme si era iluminación, si eran fuegos de la plaza los que alumbraban por arriba... aquello era tan claro y tan lleno de llama, mejor que un teatro; estaba lindo, lindísimo.

‘Como de resorte y negras se veían las personas, el humo como algodón, ardiendo, las figuras de caballos y de infantes, como echando llamas también.

‘Oigasté, los yankees se azoraron, nosotros en mil voces gritábamos: —‘Viva México, ¡que viva! coyones, no corran. Métanse muchachos, ¡que viva!. ‘Estábamos sobre sus baterías en la mera era del Molino del Rey. El coronel parecía un San Miguel, lo veía yo alto como torre... y bien plantado.

‘Porque oigasté — seguía Zavala — todo este redotero del Molino; se ha turbado por falta de explicación.

‘Viendo vd para donde se mete el sol, ahí arriba, tiene vd dos masas de edificios, aunque están pegaditos codo con codo, uno a la izquierda y otro a la derecha... El de la izquierda con su puerta grande y su era al frente, ése es el Molino del Salvador, que aun le puso D. Pepe Prieto Molino del Trigo, muy particular, y que con nadie se mete; por el asoleadero tiene una puertecita chica para el bosque.

‘A la derecha (está vd viendo siempre a donde el sol se mete) hay otra puertota grande; ése es el Molino del Rey, con sus grandes árboles en el patio, su corredor en alto, sus amplias escaleras para la habitación y la capilla.

‘Ése es el Molino del Rey que entra al bosque por una puerta ancha, está al pie de un grande escalón con arrugas y encarrujos de loma... frente de la puerta está la era... a poco la caja del agua; en una hondonada saca la cabeza como empinándose para ver la loma, la casita con su alto y su balconcito de D. Pioquinto el dueño de Anzures, y arriba que forma llano como a trescientas varas, la Casa Mata... en ese llano que corre desde la Casa

Mata al frente las eras y Molinos, fue toda la zirrizarra y la honra del 3º ligero...'

—“Estábamos en que volvían caras los yanquees y en que vds gritaban: viva México...”

—‘Pues así fue, la verdad de Dios, continuó Zavala entusiasmándose con sus recuerdos. Pero es el caso que yo, y no sólo yo, veíamos al frente de la era unos montones de ramas medio indinos, medio traicioneros; nada importa, decíamos... porque la rejolina seguía y los de Casa Mata hacían su deber... los soldados que allí estaban saltaron la trinchera persiguiendo a los yanquees que volvieron grupas de nuevo... el nuestro ya no era ardor, era frenesí... estábamos bebiéndonos el triunfo llenos de alegría... álgame Dios... allí se estaba luciendo de jefe D. Leonardo Márquez.

‘Entretanto lucían estos relámpagos de triunfo, veíamos atravesar a carrera tendida a los ayudantes del general Santa Anna, y Juan José Baz diciéndole a la caballería, que para cuándo se guardaba... La inquietud nos quemaba; los clarines de infantería, de puro... atrevidos, tocaban trote, y los yanquees orejeaban... pero la caballería ahí se estaba, como si fueran los caballos de piedra... En éstas, señor de mi alma, que se van desparramando las ramas aquellas de un lado y del otro, y que va apareciendo, no es mentira, como un toro de bronce, una piezasota que metía miedo con sus yanquees muy altos y muy engarrotados... cada viaje de metralla que nos mandaban, nos acababan...

‘Por allí, por la casita de D. Pioquinto, le atinaron al general León; decía: ‘No es nada, no es nada’, y se le estaban doblando las corvas... allí cayó...

“Vino a morir aquí en la 2ª calle de Plateros número 5.

‘Ya en esto, la tremolina era infernal: entre aquellos ríos de balas, vimos atravesar como diablos cargando sus escalas para asaltar la Casa Mata, a los de Kentucky; algunos de esos se treparon en la caja del agua y nos cazaban corno a conejos. La pieza de las ramas hacía destrozos.

‘Luchando, luchando, cayó allí cerquita de la era D. Pedro Méndez, que era como un prodigio y que tal vez ya habrá muerto, y D. Marcial León, ¡qué lindo oficial! Figúreselo vd: capitán con grado de teniente coronel; dos grados ganados en acciones terribles de guerra. Chiquitín, vivo de movimientos... medio pataratillo, pero erguido siempre, cayó redondo... lo mismo que mi teniente Argáandar, que estaba entre la caja del agua y la era... mi teniente andaba, pero de su brazo izquierdo chorreaba la sangre...

‘La tropa sin jefes, con sus oficiales heridos, cuando todo era barullo, seguía maniobrando como en una parada... Ya a esa hora, el bamboleo de la derrota, los gritos de las malditas mujeres y algunas carreras, decían que aquello no tenía remedio... A mí me ordenaron acompañarse a mi jefe que estaba herido...

‘Venimos rodando materialmente entre la gente que inundaba el tránsito hasta Chapultepec...

‘Al pasar vimos a los que conducían al coronel Gelaty, que también era mucha persona para esto de la refriega.

‘Y oiga ud, parece mentira, es el coronel Gelaty como una catrina de ésas muy pespuntiaditas y encarrujadas; bajo de cuerpo, delgadito, facciones menudas,

rizado el cabello; se le ve en la oreja un aretito como a mujer... en nada parece lo que es, un hombre temerario en la pelea... habla de guisos y curiosidades de manos; con las señoras toca sus cancioncitas en la vihuela... pero váyale vd a tocar el pelo, y quema como lumbre... iban cerca de él otros dos bravísimos muchachos, el chato güero de Joaquín Colombres y Noris, aquel muchacho moreno, regordete, de ojos negros y vivos, que nos dio pan y queso el día que llegamos al cerro...

‘Cuando llegué con mi herido al centro del bosque, estaba el tío Santa Anna solo, solo debajo de ese sabinero grande que está al subir la rampa... a poca distancia de él se hallaba aquel criado que le acompaña siempre cargándole la pata de palo.

‘Tenía el general una levita gris y no se conocía quién era sino por la montura de terciopelo carmesí que le bailaba a su caballo tordillo.

‘Al vemos el general, dijo palabras muy tiernas a mi jefe y pidió que trajesen una camilla para que le condujeran. Al salir nos dio la mano D. Vicente Manero, joven blanco y bien plantado, que a mí me alargó unas monedas, encargándome al jefe.

‘Con cada herido iba una multitud de gente que lloraba y victoreaba a México; pero qué, si aquello era una horrorosa procesión de sangre; yo dejé en el hospital a mi jefe y me volví a la bola...’

‘Cortó la relación de Zavala; Fafalais, llegando como una tempestad con mi caballo de tal modo azorado, con la mirada tan descarriada, que se me figuró que me iba a dirigir la palabra al lanzar su breve relincho de reconocimiento.

—‘Con cien mil demonios, hombre, por qué me has tenido aquí dos horas, haciendo un papel de mira quién viene...’

“Han de saber vds que Fafalais es el chico más cumplido y mejor del mundo; verífico, como él dice, a carta cabal y que no se encona en lo negro de una uña; pero dos son los defectos, o mejor dicho, las pasiones dominantes de Fafalais: una, el amor en todas sus variaciones; otra, el comercio.

“Fafalais es favorito de todas las beldades guerre-ras de a pie y de a caballo; por aquí le desgarran, llori-quea por acullá, recoge una fe prenda en la punta de una aguja, y tiene concurso de acreedoras que no le dejan hueso sano.

“En cuanto a comercio, hace un cambio en menos que canta un gallo; provoca una rifa en la cabeza de un alfiler y transforma su guardarropa y el mío a cada cinco minutos.

“Ya se deja entender cuáles serán con esas varias aptitudes las relaciones de Fafalais; pero lo que es a mí, lo que me lo recomienda con toda ponderación, lo que me lo hace más querido que a D. Quijote su Sancho, es la pasión intensa que tiene por Cuca; se me adelanta, re-facciona mis suspiros, aboga por ella, gruñe cuando topo con otra hermosura descaminada, y es para él la niña, la segunda persona de la Patria...

—“Fafaláis, ¿qué hacías? —le repetí al figurín aquel, que me estaba desarmando con su expresión sin-cera de alegría...

—‘Pues veasté mi jefe (a este jefe, yo me alzaba los cuellos de la camisa y tosía), usted se bajó en tres tran-

cos y me citó para por aquí; yo quise pelarme bien el vidrio para que no nos contaran, y por que el licenciado Lazo Estrada venía entonces mal herido; lo hirieron en el cuarto que llaman la Capilla que allí mero jué donde entregó el alma el general Pérez Castro.

‘Cuando lo de la plazuelita de arriba, todavía era la rebolufia que no era capaz. D. Gamboa servía las piezas y le jincaron una herida en la cabeza que estaba como un santo Cristo.

‘Ud bien recuerda que atacaron cuatro colunas; para no mentir dos tomaron por las lomas y se metieron por los molinos; una venía frente por frente de la Alberca y la otra por toda la calzada de Condesa.

‘La columna de la Alberca fue la que se agarró como quien va a Tacubaya, con el jefe Xicotécatl... iba él a subir, pero allí se enredaron a los plomazos.’

–“Bueno –le dije a Fafálais– todo eso lo sé y vi patente que la columna que venía por el bosque fue la que peleó en el jardín, con Barrerita y con Fernando Poucel que fue una temeridad... Barrerita murió muy al hombre y Fernando estaba con su uniforme de zapador que daba gusto...

–‘Pus allá en la plazuelita y ya hechos maraña mexicanos y yankees la artillería jugaba que era horror, cercaron las piezas, entonces, ya mal herido el cabo Rodríguez, les redivaba las piedras de la trinchera; parecía un Dios aquel hombre...’

‘Los alunos estaban en el Mirador saliéndose de la traba en un brete; los mandaba en esa positura mi capitán Alvarado que la verdá de Dios no tiene gallos; yo

me les entruché y me fui con ellos hasta medio cerro a topetearnos fuerte con la coluna de la Alberca.

‘Cómo iban aquellos mocosos lindísimos, señor, como unos leones, y el capitán Alvarado muy serio él.

‘Perejetitos que apenas podían con el fusil, moce-tones blancos y con cabellos de oro, chipilines que todos se descomponían, pipiólos, señor; pero quién le cuenta a vd que tris tras, y aquello fue una jicotera de balas; los yanquees que venían rumbosísimos se detuvieron; los chicos se alentaron, las mujeres les sonaban las manos...

‘En lo más fuerte, y reluciendo su fusil en prime-ra, estaba Miguelito.

—“¿Qué Miguelito es ése?...

—‘¡Sí señor, aquel morenito de ojos muy negros y muy vivos; estiradito él, medio diablo, aquél que bañan con reata en la Alberca por chiquito.

—“Ah, hombre, Miguel Miramón.

—‘El mismo; allí estaba junto al niño Peza; la coluna que quiso, que no quiso, se detuvo; aquellos ángeles fueron unos tigres.

‘El general Bravo estaba como vd recordara con D. Gamboa, que tenía su pañuelo amarrado en la cabeza; D. Zamora y otros dos, uno era de Mina por más señas; aquellos brutotes le dejaron que marchara; dicen que los llevaron hasta cerca de la Casa Colorada, los devolvieron después al cerro, allí se vieron Bravo y Scott; viejo de patillas y ojos chiquitos con su furia de canas muy desparramada sobre la frente; pero tieso el viejo, como si se hubiera comido el asador; se vieron los dos viejos, como dos gallos, alzando los dos golilla. Por medio del intrépito, dijo Scott:

‘Señor, yo siento conocer a un hombre como vd en la desgracia.’

‘Tío Bravo con su flema dijo que también sentía conocerlo allí.

‘Vuelve el intrépido, y dice que quisiera tenerlo como el tío merecía.

‘El tío dijo:

‘Yo estoy muy bien donde están mis compañeros’, respondió muy templado y muy aquello el viejo, ¡no vaya vd a pensar!

‘Así se fue Scott; a poco vino un ayudante a todo escape; ¿qué piensa vd?, venía con la embajada de que si el general prometía ya no guerrear, quedaban todos en libertad.

‘Vi al general en el ímpetu de contestar una picardía de las grandotas; pero sólo dijo que él prometía combatir por la Patria siempre que pudiera, y sólo muerto no; ¿qué más había de decir? El maldito aquél se marchó con el rabo entre las piernas...

‘Después mandaron a todos pie a tierra para Tacubaya; yo me escurrí, recogí de la casa de D. Ignacio, el guardabosque, a D. Canuto, que estaba como tonto en vísperas; hice este chambo de chaqueta y sombrero con uno que se quería disfrazar, y aquí estoy...’

“En esos momentos atravesaba sobre nuestras cabezas, por la calzada de la Verónica, el general Matías Peña, rumbo a San Cosme.

“Este general Peña parece extranjero; barbilampiño, redonda barba, nariz pequeña, ojos cegatones, muy catrín, como que es muy rico, y muy fino y valiente el hombre: se mueve como un rehilete, se ven sus dientes

blancos, y habla medio agachupinado; para nada deja los guantes.

“Iba también por allí muy frondosote y llenando gran trecho D. Nacho Comonfort.

“Muchos lo conocen, pero otros no; es el hombre ese, hombrote de veras; alto, ancho de espaldas y fornido, el rostro moreno y hecho de hombre cabal, hoyoso de viruelas, la frente ancha y espaciosa, con el pelo ralo y cayendo bien peinado; la nariz tosca, la cara ancha y con una patilla rala que le travesea clareando; pero los ojos de D. Ignacio, garzos y apacibles, le dan una dulzura al conjunto que parece mentira; de sus labios delgados y bien hechos sale una voz que parece canto; es mirado y afable con grandes y chicos, cantea la cabeza al hablar y mueve expresivas sus manos; en el dedo de en medio de la mano derecha, y en la parte superior, usa un anillo que relumbra.

“D. Ignacio es valiente como los siete pares de Francia; muy partido en esto de dinero, muy bien criado y muy tranquilo cuando menudean las de plomo. A los inditos los trata con particular cariño, el pueblo lo adora.

“De buena gana me habría ido con toda esa gente: tanto más cuanto que así le hizo Zavala, incorporándose de un salto con la comitiva del general Rangel; pero a mí me estiraba el cuerpo de Hidalgo, donde tenía por docenas los amigos, los Arias, los Tómeles, Zaratito, el tío García Ramírez.

“Además, en la flecha de frente a la Condesa, había dejado a Pepe Barreiro, a quien por cariño y por su hablar picadito le decíamos el Gachupín; con sus ojos

verdes, su color moreno pálido y su arrojo extraordinario en medio de las balas...

—“Sígueme, Fafaláis — dije al asistente que estaba poniendo ya los ojos dulces a la que nos servía el almuerzo —, sígueme — y arrendé el cuaco para la calzada, atravesando unos llanitos y tomando por la espalda de las casas de la calzada de Belén.

“En los Arcos, y en medio de una confusión espantosísima, aparecía ordenado, valiente, no valiente, heroico, el batallón Hidalgo, compuesto como se sabe de empleados de las oficinas y de la flor y nata de las familias de México, lo mismo que el batallón Victoria.

“Mandaba a Hidalgo Félix Galindo, un muñequito de alfeñique con sus ojos azules y su carita de risa... Pero la personificación de la decencia y del honor.

“Cuidado que se le echó encima el cuerpo de ‘ay mamá’, como le decían a Hidalgo, toda la columna de Worth, y arco por arco, casita por casita, era una nueva resistencia en que se producían hechos que ahora me llenan los ojos de lágrimas.

“Yo dejé mi caballo en la casa del tío Gumesindo Rodríguez, patriota parejo y que había conocido en la plaza de toros; tomé mi fusil, y me rifé como los otros...

“Era una lista de llama la Arquería, nosotros perdíamos terreno. En medio de aquella tremolina, no puedo olvidar a un señor Ríos que tenía dos hijos mocetones, guapos; el Ríos era empleado de Palacio, entreviejo, muy modesto él, y que parecía que no sabía quebrar un plato; éste con sus hijos, se batían como tres fieras. El padre les decía a los muchachos: adelante... adelante... pero quien

adelantaba anchándose, era el viejo, cubriendo con su cuerpo a sus hijos... era necesario tener el corazón de piedra para no llorar con aquello.

“Cuando atropellados, arrollados, barridos, llegábamos a la garita de Belén, aquello estaba desmantelado, y no sé qué diablos había pasado con el general Santa Anna y el general Terrés, que tenía a la gente muy disgustada, tanto del uno como del otro.

“Mi fusil estaba ardiendo en mis manos; sonaban mis labios como de palo, gemía dentro de mí mi alma, quería me arruinasen en la chapa del alma, para dejar de sufrir.

“Vacilaba sobre el partido que debería tomar, cuando de un reducto que venía de la espalda de Belén de los padres, vi salir humo, escuché gritos entusiastas, columbré nuestra bandera muy erguida y muy linda, extendiendo su arco iris en los aires...

—“Fafaláis —le dije a mi asistente— para allá nos vamos.

“En éstas pasó, por delante de mí, muy orgulloso y muy entero, Pancho Urquidi, compañero que fue del Colegio de Minería, muy rubio y muy plantado; traía a remolque un yanquee que habían cogido prisionero los de Victoria y se lo llevaba al general Santa Anna...

—“Pancho, Pancho —le grité—, para allá me voy...

—‘Ve breve, la cosa está buena’.

“Y retebuena estaba... los de Victoria estaban en el Niño Perdido, pero había una fortificación que venía a Belén y miraba para la calzada de la Piedad; al movimiento

retrógrado de los de Hidalgo, Isidro Béistegui, muchacho de muchos pesos y de mucha honra, se apoderó de una pieza, y ris ras a los que venían por la calzada.

“D. Pedrito Jorrín, ése no, ése con temeridad sin ejemplo, se les fue a las barbas con otros, sobre los que nos venían zurrando la pavana.

“En ese grupo de hombres dejados de la mano de Dios, estaba Zarate, que salió herido, ese Pancho Urquidi, y otros que siento en el alma no recordar, entre los que sobresalía Agustín del Río, colorado, chato, con la furia hacia atrás, valiente y generoso, tan bueno para embromar con los chicos, como para el pleito, tan audaz irritado, como tierno con el desvalido, tan despilfarrado en una francachela, como caritativo y humano con los que sufren, tan altivo con el poderoso, como consecuente y servicial con el vencido...

“D. Pedrito, ya lo sabemos, se bate como el diablo: lo seguíamos todos con el mayor ardor.

“A nuestra derecha, es decir, por el Paseo Nuevo, tronaba y hacía estragos espantosos una pieza servida por el coronel Carrasco, aquel fronterizo de que tenemos hablado, que en ayudado por multitud de pueblos, se multiplicaba y reproducía instante por instante hazañas que no se pueden describir; la pelada es que Carrasco y el batallón Victoria daban la ley en aquellos momentos.

“Del interior de la ciudad, de la calzada de Belén, de por todas partes, afluía la gente y parecía rebosar sobre arcos y paredes y hasta entre las ramas de los árboles; todos los ruidos se oían a la vez; estampidos, zumbidos, gritos, gemidos, relinchos, clamorío de campanas.

“El coronel Jorrín envió un piquete que condujo D. Dolores Ulíbarri a la iglesia de Belén de los padres para proteger la pieza que servía D. Isidro Béistegui: en ese piquete iba yo.

“Cuando subí a la torre, tras y de los sacos a tierra levanté la cabeza, bebí a torrentes el frescor de los vientos y me parecía que algo de luz entraba en mi pecho.

“A mi espalda tenía los volcanes, los lagos y las amarillas llanuras del Peñón... A mi izquierda, los llanos de Ixtapalapan con sus hileras de árboles, como procesión de señores sacerdotes, y las lomas y la serranía llena de manchones de tepetate y de sembrados verdes... Al frente, venía la calzada de Belén como un río de gente, en que sobresalían carros... donde se arremolinaban mujeres, donde se distinguían heridos con caudas de gentes curiosas, donde sin sombrero y montados se percibían heridos medio doblados en los caballos o los asnos; más allá, a mi derecha... el acueducto sacando tantos ojos, trepado mirando lo que pasaba, las casas altas empeñándose sobre los árboles, las casuchitas dispersas como al emprender la carrera por aquellos llanos, como borreguitos que se han quedado atrás del rebaño...

“Por San Cosme, Buenavista y San Fernando, que custodiaba D. Pancho Olaguíbel, la fandanga era de venirse el mundo abajo, los grupos de humo, las escupidas de nubecitas pequeñas, todo indicaba el ardor de la pelea, y la imaginación la completaba viendo tantos fantasmas y horrores como no es capaz...

“Orejeando para el interior de la ciudad había otra población en las azoteas bajo paraguas azules, blancos, colorados, y sobresaliendo por sobre todo esto, banderas

de todas las naciones de este mundo y el otro, porque en principal entre los rotos ricos se podía dar un ojo de la cara por un mexicano.

“Pero el mero siquisiriqui estaba a mis pies, es decir, por el Paseo Nuevo; allí parecía todo el conjunto un gran animalote que se movía, con muchas manos, con muchos pies, y con una vocesota como de olas de mar... Los de Morelia andaban por allí abajo...

“Todo esto fue para mí un abrir y cerrar de ojos... empezamos la faena luego luego; se batía alegre la gente; decía sus chistes... las mujeres que estaban abajo nos alentaban... Fafaláis en la pieza alegraba a la gente, nos salíamos sacando el cuerpo, y las balas rezongaban que era gloria... los güeritos vieron el mal que les hacíamos y ponen por allí una pieza... le tiró medio copete a la torre; nosotros gritamos vivas porque nada nos sucedió... aunque quedamos cubiertos de polvo... “¡Echen otra, que aquí hay hombres!, ¡que viva México!” , y zas... les enviábamos descargas como granizos...

“En éstas, bajan la puntería; yo estaba casi sobre los sacos a tierra; oí el traquido, sentí que los saquitos bambolearon, y que sacos, piedras y un servidor de vds bajamos por allí no sé hasta dónde... yo perdí el sentido...

“Al cabo de Dios te guarde, fui como despertando... Era un callejón silencioso, enlosado, con su bóveda... Alumbraban de aquí para allí delgadas velitas de sebo, haciendo lúgubre y oscuro aquellos claros de luz asustadiza...

“Otros hombres, acostados como yo, se quejaban con amargura...

“¿Qué será esto, Dios mío? Yo sentí así, como que soliviaban mi cabeza unas manos que tenían tiento y finura: a nadie le pesa el haber nacido, yo me dejaba chiquear... trajeron una vela; cerré los ojos... me reconocieron la herida de la frente; al vendarme quien me curaba... sentí una gota caliente caer en mi rostro; era una lágrima como una peseta; me estremecí hasta los huesos, abrí los ojos... y vi angélica, inclinada hacia mí, desfalleciendo de dolor, a Cuca... a mi Cuca de mi alma y de mi vida.

“Pónganse vds en mi lugar; habría resucitado un muerto.

“Creerán vds, yo era como un chiquillo, quería reír y quería llorar, y tragaba saliva, y no me parecía la Cuca de siempre, sino la Virgen María.

“Fafaláis había hecho aquel milagro, veía yo su cara tras la cabeza de Cuca, contenta, glorificada, como una bendición y como un fandango... se ponía la mano en los ojos y la sacudía después porque se le empapaba en lágrimas.

“Ya se deja entender que yo me habría querido quedar allí despostillado para toda la vida; pero pregunté por los compañeros... y silencio; por las tropas, y silencio... Ya era de noche, todo estaba concluido...

“Entonces, sin esperar razones, me levanté... oprimí a Cuca contra mi corazón, saqué una medalla que me dio mi madre, de mi seno, y le juré reconocido que sería su marido aunque se viniera el mundo abajo...

“Peor que peor se puso Cuca, que quería acompañarme... Yo quería encomendársela allí a alguno; pero

era un convento de frailes y ven vds que no estaba eso en el orden. Fafaláis se encargó de mi Cuca para llevarla a su casa.

“Yo, atropellando por todo, salí preguntando por el paradero de Victoria.

“Las calles estaban oscuras y silenciosas, los farolitos de los serenos se venían concentrando como para la plaza.

“Un cabo del alumbrado me dijo que D. Agustín Díaz, el licenciado Del Puente de la Leña y Pepe Aguayo, llevándose de intérprete a D. Juan Palacios, habían ido a una contesta con Scott.

“Me dijo también que había habido una junta en la Ciudadela y que la tropa y los trenes y los carros, todo iba que volaba por la garita de Peralvillo, porque en la junta se dispuso que se evacuara la ciudad.

“Después de mucho andar, supe que el batallón Victoria estaba en el Tribunal Mercantil, en esa casota grande, esquina del Ángel y Tiburcio.

“¡Oh qué cuadro aquél, qué sincero dolor de nobles patriotas, y cuánta grandeza de sentimiento! Pícara memoria la mía, y cómo no recuerdo uno por uno a esos hombres tan dignos del reconocimiento nacional... porque eso de servir y dejarse matar de oquis no se estila en estos tiempos.

“D. Pedro Jorrín estaba haciéndose fuerte y dando sus disposiciones; me acuerdo que ni por todo el oro se encontraba un clarín que buscaba el Ayuntamiento para tocar parlamento... dispuso que el cuerpo se disolviera... la bandera estaba muy guardada en la calle de Santa Isabel.

“D. Pedro se había estado reprimiendo, cuando todo estuvo concluido se dirigió a los altos... pero al pisar el segundo escalón se echó de bruza en el barandal y lloró... lloró aquel hombre de fierro que tanto admiraba yo. ¡Caramba!... se me escarapela el cuerpo con tal recuerdo...

“Yo me salí a la calle como un insensato; unos guardas me dijeron que Barrón había ido a Palacio y lo había encontrado vacío como casa de espanto, como cuerpo sin alma: el mismo Barrón aserró el asta bandera para que se colgaran de las narices los yankees su bandera con todo y estrellas.

“Vamos, se me había cerrado el mundo, tenía una losa sobre corazón.

“Pegué mi frente contra la pared en la esquina del Refugio, gritándole a la muerte y sollozando.

“Sentí un golpecito en el hombro, y vi detrás de mí un hombre ancho, fornido, de sombrero jarano, chaquetón de paño y espuelas, encendida la color, lindos ojos negros, unos dientes que alumbraban en la sombra, dulce de voz, fino de maneras...

— ‘Amiguito, levántese, véngase conmigo, no hay que llorar, mientras podemos pelear...

— ‘¿Cómo se llama vd señor?

— ‘Yo soy Manuel Rojo: ya me habrá vd oído nombrar.

— ‘Sí, señor, por su patriotismo y por su lindo corazón.

— ‘Nada de cumplimientos; véngase conmigo, jovencito... que ahora va la nuestra y al cabo... que el pueblo triunfa.’

“El hombre estaba entero y brioso, yo me sentí revivir...

“Me dio caballo y me hizo su ayudante.

“En uno de sus mandados, aquí para entre nosotros, tengo que decir que me di una desviada para saber de mi Cuca idolatrada, y recoger a Fafaláis, a quien encontré en el cementerio de San José, dándole a guardar al sacristán todo un baratillo.

“Las fuerzas en desorden increíble salían para Villa de Guadalupe, donde estaba muy repantigado D. Antonio Santa Anna. Las calles estaban escuetas, los altos de algunas casas abiertas parecían calaveras de casas, las muchas banderas de todas las naciones de guanta aleteaban colgadas de sus palos; comenzaban a clarear con la luz las azoteas y las puntas de las torres.

“Se oía allá a lo lejos, desde muy lejos, el galopar de algún caballo; pero no había esos ruidos de cuando despierta la ciudad; un silbido por aquí, las pisadas sordas de las vacas y sus mugidos prolongados; de vez en cuando no se escuchaba ese sonar hueco de palo de esos carretones que van golpeando el empedrado, ni se veían correr esos repartidores de pan con sus grandes canastos redondos en la cabeza, ni se notaban aquí y acullá esas viejas con sus escobas barriendo las calles, ni aparecían pálidas esas llamas de los faroles que están en vela aún, o que se han quedado como los ojos abiertos de quien acaba de morir; nada, señores de mi alma... aquella luz de la mañana alumbraba como un gran desierto...

“Yo estaba con Sr. D. Manuel en la Diputación.

“Fafaláis acababa de llegar de ver a mi Cuca, quien con mil finezas me enviaba una canastita con su

servilleta albeando; salía por uno de los extremos el pico de un molinillo, anuncio cierto del de Caracas; había en el fondo de la canasta sus bizcochitos finos, su rebanadita de queso, un tamal apetitoso y los rastros de ese esmero y de esa fineza con la que las mujeres le saben a uno decir en cualquiera pequeñez: date por entendido, que me estoy muriendo por ti.

“Tendí en un escalón de la escalera de la Diputación mi servilleta, alisté el pocillo y el tren todo del desayuno, y comenzó la alegre danza del molinillo que giraba alzando ruidosos copos de incesante espuma.

—“¿Y qué te dijo la niña, Fafaláis?

—‘Calle vd señor, la niña tiene tantos ojos, me dio este pañuelo, y que me dé vd el otro, y este escapulario de la Virgen que se lo ponga vd sin falta, porque hoy es día muy accidentado.

—“¿Y qué estaba haciendo Cuca?

—‘Estaba así nomás, muy buena y muy aquello...

—“¿Y qué, no escribió?

—‘Sí señor, aquí está la esquela.

“La esquela estaba escrita con lápiz y tenía sus manchas de lágrimas... En esto, al mero sonar en la Catedral el alba de Dios, llegó un cabo que apenas alcanzaba resuello y nos dijo:

—“Ahí están los yanquees, van entrando derecho, derecho, por el lado de acá de la Alameda y por la Mariscalá.

“Todos nos pusimos en pie, montamos a caballo; a mí me tocó cuidar la derecha de Plateros.

“Las fuerzas venían entrando, las puertas y balcones se abrían en silencio y la gente se asomaba como canteándose y con desconfianza...

“Se veía a la plebe de aquí para allá en montoncitos, encogida, rezongona; los hombres con los sombreros echados a los ojos, las mujeres burlonas, los muchachos bobeando.

“Los yankees se fueron metiendo galán galán, por toda la derecha de San Francisco y Plateros y por allá por la Mariscalá.

“Venían con sus pasotes muy largos y como que les cuadraba nuestra tierra, muy grandotes, reventando de colorados y con sus mechass güeras, con sus caras como hechas todas en un solo molde.

“Muchos comiendo pan, calabazas crudas, jitomates; son de lo más tosco y de lo más sucio que pudo verse; van así desguanguilados y bausonotes con tanta pata.

“Pues señor, que van llegando a la plaza.

“En la plaza, aunque desparramada, había ya mucha plebe, hormigueaba dentro de los portales, se tendía por el cementerio de Catedral, se hacía remolino por las esquinas.

“Formaron los yankees como por el centro de la plaza, tres lados de un cuadro con las espaldas al Portal de las Flores y Diputación, Portal de Mercaderes y frente a la Catedral.

“En el interior de ese cerco se veían seis banderas suyas grandes, y dos estandartes como los de caballería.

“Luego que estuvieron así plantados, se destacó una partida como de unos veinte hombres y se fue me-

tiendo a Palacio; se nos figuró que iban como a degollar a alguno de nuestra familia.

“En éstas, ya el gentío hervía por todas partes, las azoteas estaban cuajadas de cabezas, lo propio que las torres; la multitud se hacía olas que como que se columpiaban y hacían hincapié contra el cerco.

“De los veinte soldados, unos aparecieron en el balcón principal de Palacio y salieron como a sacarnos la lengua y a decirnos: éste por mí; se oyó como un gruñido en toda la plaza.

“Otros soldados subieron con su bandera y de un lado del cuadro de piedra del reloj la revoleaban, como si nos pegaran un puñal en el pecho; aquello era darnos con el trapo puerco en la cara.

“Temblaban las carnes; en todos los ojos había lágrimas, y era natural; figurémonos que a nuestra misma madre la ponen en vergüenzas y le azotan la cara a nuestros ojos; yo tenía el pulpejo de esta mano con que escribo, entre los dientes, y salió sangre, porque me la mordía viendo aquellas cosas.

“Ocho soldados de los de las cachuchas, se fueron para el pirámide con otra banderola, y allí uno, muy abierto de piernas, y muy haciéndose de causas, la empezó a revolear.

“Algunos muchachos le hicieron el gato, recio, recio: desde por el Puente de Palacio, en lo alto de Palacio, otra bandera contestaba...

“Vamos, ya eran dueños de la casa.

“Scott estaba con su gury gury en el balcón de Palacio, como quien predica en desierto.

“Grupos de mujeres desde abajo... le gritaban: ‘cállate costalón... sí, brujo... sí, tío Juan Rana...’

“En la esquina de la Plaza del Volador, y subido como en alto, estaba un hombre; pelón, de ojos muy negros, de cabello lanudo y alborotado, de chaquetón azul, que hablaba muy al alma; su voz como que tenía lágrimas, como que esponjaba el cuerpo: “Las mujeres nos dan el ejemplo, ¿qué ya no hay hombres?, ¿qué no nos hablan esas piedras de las azoteas?...” La gente gruñía con rumor espantable: la voz de aquel hombre caía en la piel como azote de ortiga... aquel hombre era... D. Próspero Pérez, orador de la plebe, de mucho brío y muy despabilado, como pocos.

“Cuando él estaba mas enfervorizado, y más en sus glorias los yankees, de por detrás de Próspero sonó un tiro de fusil y pasó silbando una bala; un grito de inmenso regocijo y explosiones de odio, de burla y de desesperación, acogieron aquello...

“Los yankees se fueron sobre el tiro, acuchillando a la gente, atropellando a las mujeres y a los niños...

“Entonces, como en terreno quebrado varios hilos de agua se juntan y forman río; como en campo que arde aquí y allá, el aire junta las llamas y forman incendio, así la gente se juntó... y descargó balazos y pedradas, corriendo a la espalda de Palacio...

“Los yankees seguían en persecución de aquella masa hostil... algunos léperos derriban a varios soldados... y la gente cae sobre ellos y los devora, dejando sus cadáveres medio desnudos... los calzones de uno de esos yankees enarbolados en un palo sirven de bandera...

“La lucha se empeña en la calle de Santa Teresa frente al número 6: allí un yanquee hiere con la culata de su fusil y destroza el cráneo de una niña que a nadie ofendía; D. Pomposo Gómez, segundo jefe del alumbrado, que andaba cuidando el orden, se acuerda que es mexicano, se lanza sobre el yanquee, le derriba y le planta el pie en el pescuezo.

‘¡Viva México!’, grita la multitud; sobre Gómez estaban montones de soldados; las mujeres los estiraban, o los herían por donde podían... Gómez perdía la sangre y se atrinchilaba contra la pared, siempre peleando... de las azoteas llovían piedras, ladrillos y hasta muebles, que se despedazaban con estrépito al caer.

“Gómez cayó peleando como un héroe, y caído, se arrastraba buscando al enemigo... Vino entonces un tropel, barriéndolo todo; Gómez había caído ahogándose en su sangre...

“Un pelado le desgarró la manga de la camisa y la colgó en un palo, gritando: “Vamos a vengar nuestra sangre.”

“Aquella especie de cadáver de brazo, llamaba a la gente, con su color de sangre, que era un horror...

“El cadáver de Gómez se quedó allí cerca de dos días, como al cuidado de la calle que no chistaba...

“La trifulca de la plaza y de Santa Teresa fue como un derrame de chispas sobre zacate seco, que aquí y allá levantaba llama.

“Las gentes comenzaron a correr en varias direcciones, mejor dicho, en todas direcciones; se cerraban

puertas con estrépito, aparecían banderas encarnadas por aquí y por allí, o banderas negras acaudillando grupos con caras feroces...

“Unos iban como preocupados corriendo no sé por qué; otros se embarraban tímidos contra las paredes, como cuando va a soltarse un gran aguacero que gruñendo, gruñendo el cielo, cada cual acelera su camino y como que trata de ponerse en salvo.

“Cuando esto pasaba en el centro de México, de por fuera se desprendían tres secciones de ejército yanquee.

“Una, que partiendo de la hacienda de San Antonio y calzada de Niño Perdido, se venía saliendo de madre hasta entrar por el Salto del Agua y desparramarse hasta por la Viga y San Pablo...

“Otra, que viniendo de por Tacubaya y entrando por Belén, se abría en dos ramales y se partía en dos corrientes; una que tomaba todo el derrotero recto del Zapo y Victoria, y otra por el paseo y Alameda a correr por el Puente de San Francisco y calles de Plateros, la mandaba Worth.

“Y la tercera, que trayendo todo el camino de San Cosme, se corría y fue haciendo arcos hasta por los Ángeles y el barrio de Santa Ana, según después lo llevó la pelotera.

“Todas estas corrientes se precipitaban a la vez de por fuera, como yéndose a reconcentrar en el centro; pero es el caso que del centro y de por detrás y a los lados de Palacio, se desprendían corriendo, gentes que aventaban la chamuchina de por Santa Teresa, y en ese

“Los primeros yanquees del escándalo venían por Corpus Christi y la Alameda, muy orondos con su música y sus caballotes... ellos que pasaban finchados y muy quitados de la pena, cuando de por entre los callejones que van a dar a Tarasquillo, salieron nubes de piedras que desgobernaron todita la columna; empezó la frasca, las azoteas vomitaban ladrillos, matatenas y palos; los vivos de la multitud alentaban el alma. De por el callejón de López, que es una cerbatana, mero de sobre San Juan Chiquito, salió un tiro que trastumbó a un grupo. Los yanquees se fueron sobre el desgraciado que tiró, le estrujaron y le dieron balazos como a perro: la gente rugía de furor. Como culebrea el callejón, el pueblo pudo maniobrar y mató a muchos güeros.

“Se veía oscuro de tanta piedra y polvo y gritos, y maldiciones y aullidos.

“Sale la columna a la calle de Rebeldes; el Hospital Real se vuelve como un volcán; la multitud pasaba arrancando las piedras; el fuego era vivísimo, unos pelean, otros acarrean: todo parecía hueco; de por las comisas, de los portes, de los pretilos, salían bocas de fusil.

“Las mujeres hacían gran escándalo, llevaban agua, acarreaban heridos, victoreaban, alentaban, se asían de los yanquees, desarmando, arañando, mordiendo a los que cogían dispersos... Vienen refuerzos en la esquina del callejón de López, danzaba sin suelo, y todo desgobernado, y con la cabeza colgando sobre el pecho, el que tiró el tiro de marras.

“Los grupos que venían como de por todas partes, hacían alto frente al colgado, se quedaban súpitos

y luego como toro que huele sangre, huía gruñendo el grupo y se entraba a pelear al Hospital Real.

“Ya he dicho que las casas parecían como en hueco; la gente tan pronto estaba en las calles como en las azoteas.

“El gentío se derramaba por entre la maraña de callejones.

“Los yankees que entraban por Victoria acudieron al Hospital Real; pero entre nubes de piedras y de cosas que se arrojaban de por donde menos se esperaban...

“Retumbó una pieza que pusieron los yankees por el puente de San Francisco; pero el tumulto corría de aquí para allá y se oían gritos y disparos, y multitud frenética hasta por las calles del Refugio y Tlapaleros.

“Yo acudí al Hospital Real sin acordarme de nada, tanto más que en las torres de San José, la cosa estaba como lumbre. Todo esto era por estar cerca de mi Cuca de mi vida. Iba con un grupo grandísimo de pelados que había conseguido un tambor y llevaba su bandera.

“Me vieron, y fui el caudillo, cobrando desusada importancia D. Canuto. Pasé por la casa de Cuca, estaba de todo punto abandonada.

“El corazón se me hizo pedazos. Pero eché un ¡viva México! que tembló el mundo, y seguí con la gente, escabulléndome en lo más tremebundo del ataque que se revoloteaba en calles, en azoteas y hasta en las encrucijadas y zaguanes.

“La fuerza americana que entraba por la Viga fue recibida por la multitud con espantosa resistencia; aquél era un vivorero de los demonios; los hombres se volvie-

ron tígueres y parecía que las casas de piedra se arriscaban para entrar a los mates .

“San Pablo y la Palma no conocen rey; al nacer los muchachos de por allí, ni mamón por morder; allí no hay ociosos, todos pelean, la mujer y el viejo; beben pulque colorado porque la sangre alegra...

“Los yanquees peleando, se abrieron en dos ramas. Una iba saltando zanjas, venciendo cercas, perdiéndose en encrucijadas, y dejando muertos por todas partes regados; hasta por la Candelaria y San Lázaro. Por allí les caían los vaqueros de a caballo, les empujaban a las acequias, les ahogaban rabiosos... apaleándoles la cabeza las mujeres.

“La otra rama se corrió por los callejones de la Retama y casa de Paz Reyes, valientísimo hombre; regordete, ojos negros, cabello ensortijado.

“Por allí fueron a dar los gringos con la flor de los matanceros... En el Cacahuatal de San Pablo se había hecho fuerte, enredado con tres fajas (verde, blanca y encarnada), un zapatero; avísenme si era león: allí se peleaba y se bebía, se lloraba y se decían cuchufletas a los güeritos...

“Mucho fierro y mucho plomazo había por allí...

“La gente se había corrido por todo eso de Necatitlán, acaudillada por Jesús Olmos, carpintero, y por el valiente sastre Rodríguez, ya va hasta la plazuela del Risco, ya aúlla por San Miguel, ya va a dar por D. Toribio.

“Los yanquees se destanteaban y allí era la moridera quedando como Adanes; pero con sus calcetines, que eran una irrisión.

“Los pelados se habían hecho muy fuertes en la esquina de Necatitlán; nadie pensaba en blandearse; pero faltaba el parque... alguno gritó... agobiado por el baleo... ‘casa nueva’.

— ‘Eso no — dijo un hombre — desde una azotea en que estaba haciendo fuego — . Eso no, jijo de una mala palabra el que no se muera aquí.

— ‘Muchachos, aquí está la honra del barrio.

“El que así hablaba era un hombre como un elefante de grande, parece que tenía un barril desde el pecho hasta las ingles... unos ojotes como de buey, una boca como una cochera; pero agradable el viejano aquél. ¡Que viva el Gran Poder de Dios!

— ‘¡Vivan!, ¡mis hermanos!

“Gran Poder de Dios. Ése era el nombre del titán de Necatitlán.

— ‘Juran vds que aquí nos morimos todos.

— ‘Sí juramos — muchas voces.

— ‘Nombren uno que hable por todos.

— ‘Pascual el billetero.

“Pascual alzó su mano y poniendo la cruz dijo:

— ‘Juramos morir por nuestra tierra.

— ‘Oye Pascual, ahí va esa llave, abre mi tienda y toma todo lo que necesites’, y se volvió a pelear como una fiera.

“Pascual abrió la tienda con el mayor orden, sus dependientes y parque y comestibles y cuanto formaba el patrimonio del Gran Poder de Dios fue para el pueblo.

“Como bolas de llama, la resistencia de por el Puente de la Aduana saltaba de nuevo en el Hospital

Real; la de por allí con el incendio con que amenazó Scott fue a dar hasta como por los Ángeles; de los Ángeles a Loreto; de Loreto qué sé yo dónde.

“Pero todos le huirán al centro porque en el centro había muchos que querían paz como quien lleva su luz y no quiere que se apague...”

“Así fue bajando la zambra.

“Decir lo que pasaba en cada casa, fuera cuento de nunca acabar.

“Aquí se lloraba, allá se pretendía huir, en otras partes todo era guerra; las mujeres servían agua y preparaban hilas, una rueda de muchachos hacía cartuchos. Muchas leperillas pedían limosna de pan, de carne, y la repartían.

“Había casas con las puertas de par en par, con las sillas muy tiesas, las camas puestas, pero sin dueño.

“En todo este tiempo y desde temprano, los recados fueron infinitos al tío Santa Anna para que nos diera una manita y en efecto penetró una fuerza de caballería que vino como un huracán; alentando al pueblo, llegó hasta la cerca de Santo Domingo, se volvió al puente de Amaya; por allá unos yankees venidos de como por los Ángeles, venían muy orondos con unos envoltorios; las mujeres se les echaron encima y los hicieron pedazos; Fafaláis fue un héroe en esa trifulca.

“Un coracero desprendido del grupo de compañeros, se volvió jefe de muchos y llevó la muerte y la desolación por todo aquello de la Aduana, hasta caer hecho pedazos en la mera esquina de la Puerta Falsa.

“Ya la noche estaba de lleno en la ciudad.

“Todo estaba negro, que ni las manos se veían.

“Yo me había quedado con los de Gran Poder de Dios preparando la zambra por San Jerónimo.

“Supe que Fafalais era los pies y las manos de un clérigo que había fabricado muchas lanzas pequeñas o chuzos y con ellos había armado a todos los cargadores de la Aduana, y otros muchos.

“Supe que mi Cuca mandaba un hospital de sangre que había hecho junto a la parroquia de Santa Ana, y que allí todo el mundo tenía alivio y encontraba amparo.

“Muchos, muchos rotos de las guardias nacionales anduvieron haciendo mandarines de grupos de pelados.

“Era espantosa la oscuridad; tiros por allí, bocanadas de gritos por allá... los perros husmeando la sangre, los muertos muy desnudos en medio de las calles...

“El pueblo había estado como fiera y como llama, como mar y como aire fuerte, que vuela bramando...

“Así sacó la cara el día 15, para ver lo que pasaba... tantos cartelones amanecieron en las esquinas firmados por D. Reyes Veramendi con sermones y patrañas; a todos esos cartelones les embarramos la cara de lodo y de algo peor en cuanto Dios echó su luz...

“De cómo por la Palma, de entre las encrucijadas de los puentes san San Pablo y Carretones empezó otra vez la bola; saltó al Cañahuatal, se reforzó furibunda en el macollo del Gran Poder de Dios.

“Allá acudieron como una jicotera los yanquees, muy ganosos estábamos todos; varios guardias nacionales nos daban el ejemplo...

“Había una tienda vinotería en la esquina de la segunda calle del Puente de la Aduana: era de un currutaquito de ojos azules, muy fino y que hablaba muy político el señor... se llama D. Domingo Santa Cruz. Ése, echando el pecho al agua con todo y tienda, hacía un fuego de cien mil demonios, ardía su casa. Los yankees se le echaron encima y la saquearon que era un horror; pero nosotros les caímos y allí fue lo bueno.

“En lo más encarnizado de aquella acción habían de haber visto un hombre tullido de medio cuerpo, arrastrándose, arengando y haciendo fuego como un desesperado.

“Cuando lo divisé, estaba en la esquina de Corchero: sólo se conocía por el nombre del Tullido. Este Tullido hizo que le subieran como a un cántaro, colgado de una reata, a una azotea de esa calle de Corchero, y desde allí dominaba y peleaba como un Dios.

“Toda esta gente tenía correspondencia que se las pelaba con la esquina del Tompeate, en donde había un hervidero de catrines y pelados que espantaba ver, mandados por los boticarios.

“En la segunda calle de San Francisco pusieron un gran cuartel los yankees y con eso y ser decentes los de por allí, quedó quieto ese rumbo.

“Sin dirección, desangrándose, desgarrado, corriendo como ciego entre abismos buscando a la Patria que se le iba de dentro de sus brazos, así fue el pueblo y así le vencía el abandono de sus defensores y de los poderosos: pero aquel ruido de guerra hacía compañía al alma, en ese ruido había Patria y esperanza.

“El clérigo de por Donceles, que jamás pude saber cómo se llama, tuvo prodigios de valor, y los puntos que ocupaba eran como los puestos avanzados de por Santa Ana así como el Cacahuatal y la Palma seguían portándose como la gente.

“Yo no sé cómo por los puentes del Tecolote y el Clérigo se encendió más feroz la jicotera.

“Allí fue el gallo Exiquio Fandango, leperillo que apenas le pintaba el bozo, risueño, franco, bravo, enamorado. Junto de Exiquio corría un muchacho con el sombrero y el fundillo hecho pedazos, con su bandera negra con la calavera en el centro.

“En las fuerzas de Exiquio figuraban bullangueros, todos estos malditos muchachos que no tienen Dios ni ley, importunan y corren, saltan y curiosean, acompañan compasivos a un pobre y se comiden a un mandado, le silban al más pintado y se escurren por el ojo de una aguja. A estos les llamaba Exiquio los chapulines, y con estos y las mujeres se apoderó Exiquio del Tecpam de Santiago, donde hizo su cuartel general matando yankees y contraguerrilleros.

“Desde la tarde que se empezó la tremolina, recorrían infatigables las calles dos padres que fueron prodigios de patriotismo y grandeza.

“Era uno el reverendo padre Héctor González, muy moreno, de negro copete, de mirada altiva; éste llevaba en alto un estandarte con la Virgen de Guadalupe, madre de los mexicanos y enemiga cerrada de la Virgen gachupina.

“Este padre, como un gran general, a todo entendía, se encontraba en lo más recio del baleo, acaudillaba inmenso pueblo, que como si fuera un solo niño le obedecía.

“Y qué palabras tan tiernas tenía aquel padre, y qué cosas tan divinas sabía decir; era imposible a su lado ser cobarde.

“Tan pronto el estandarte que el padre conducía, se veía por Loreto, como por los Ángeles, como sobre las azoteas, como en la torre de Santa Ana.

“El otro padre era el padre Martínez; delgado, calvito, de nariz afilada. Ése daba el estandarte, se remangaba el hábito y marchaba delante de todos con un brío espantoso. A las doce del día 15 todavía estaba el ruido de la guerra en todo su fervor; quien se hubiera subido a esa hora en una torre de Catedral habría podido ver fuego y horrores por el Cacahuatal y los alrededores de la Palma.

“Fuego y sangre por las calles de Necatitlán, Corchero y el Tompeate; matanza y horror por Vanegas y Loreto, y como arremolinarse y rejuntarse, como heridas culebras, hileras de hombres, mujeres y niños por los Ángeles, Santiago, Peralvillo hasta enroscarse en Santa Ana.

“Allí acudieron en masa los más bravos, con la esperanza de hacer un empuje auxiliados por las fuerzas de Guadalupe; allí se cargaron los yankees perseguidos desde las azoteas, los balcones, las ventanas y los cuartos, que vomitaban piedras, ladrillos, agua hirviendo, palos y cuanto se podía...

“El revoloteo era horroroso, multitud de mujeres, enfermos y niños pequeñitos se habían acogido al tem-

plo de Santa Ana, que como que aullaba ahogándose en aquel día del juicio.

“Los meros hombres de los diversos barrios allí se emparejaban; los tres frailes agitaban sus estandartes, los moribundos disparando caídos sus armas gritaban: ‘¡vengan a ver cómo mueren los hombres! ¡Viva México!’, gritaban y rasgale a los yanquees hasta entregar el alma.

“A mí me dieron un punto cerca del puente de Tezontlale. Fafalais estaba debajo del puente al cuidado de un barril de pólvora que había de estallar cuando por allí pasaran los güeritos.

“Avanzándose hasta cerca de Santa Catarina, para salir al encuentro a grupos que venían de por Santo Domingo, y la travesera de la Puerta Falsa, había salido el padre González; al pasar le vi pálido, iba perdiendo sangre.

“Un mínimo grupo de gentes venía sobre él. El estandarte oscilaba como avanzando y retrocediendo, como el velacho de una nave que ya se hunde y ya domina las olas.

“Yo me moría de congoja.

“Vi rodeado de yanquees el estandarte del padre: ‘Aquí de unos hombres’, grité y rasgué a D. Canuto con mis espuelas, llegué a tiempo... Al atravesar el puente con su espada un yanquee, metió Exiquio todo su cuerpo y cayó clareado de parte a parte... se revolcaba en sangre, y gritaba: “¡Adentro, muchachos!, ¡adentro, que ya ganamos!, ¡adentro!, ¡adentro!”... así murió.

“En esa trifulca sentí que se me escurría de debajo de las piernas el caballo... Estaba yo a pie al lado

del padre, a quien se le resbalaba la mano en el asta del estandarte, porque la bañaba con su propia sangre.

“Un momento me pareció que retrocedían los yankees: hicimos un empuje... yo ya sólo tenía un pedazo de espada.

“Las mujeres arrastraban a los zaguanes a los muchos heridos; los muchachos arrojaban sus frazadas a los pies de los caballos para impedirles la marcha... Otros entre carcajadas se burlaban de los yankees a quienes acorralaban y destrozaban...

“Un jefe americano se avanzó resueltamente sobre el padre para destrozarlo; un pelado saltó al anca de su frisón y le clavó un puñal en el pecho... Palmadas y vivas acogieron este hecho... entonces avanzamos ciegos de entusiasmo; yo sentí como un botonazo abajo de la rodilla, y me fui de bruces para adelante; quise levantarme... tenía hecho pedazos el hueso de la pierna derecha...

“Fafaláis que estaba con la camisa llena de sangre, me tomó en brazos y pidió auxilio...

“Fui conducido al hospital de sangre: con todo que iba yo entregando el alma, y que pasaban por mí no sé cuántas cosas, tenía no sé qué alegría mi corazón, porque moría por mi Patria y lo iba a saber palpablemente mi Cuca, que estaba en el hospital.

“Dejo a la consideración de vds aquella llegada al hospital, aquel encuentro con Cuca, aquellas sus lágrimas, aquel gemir de sus labios... aquel mimo empapado de todos los amores y de todos los consuelos de un alma enamorada.

—‘Paso... paso, primero es el alma que nada’ —dijo una vieja, y me puso por delante un padre... para que me confesara... yo volví los ojos, era el sacerdote... tío de Cuca.

—‘Ánimo — me dijo —, ánimo hijo mío... si vd fuera mi enemigo... si me hubiera vd hecho todos los agravios, al venir así... al ser tan patriota y tan valiente... lo haría dueño de mi corazón... Cuca, Cuca... ven, y asiste a tu esposo como una buena y santa mujer... Yo bendigo a vds con todo mi corazón, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo’.

“El padre estaba sublime de dignidad y de ternura... Fafaláis... lloraba como una Magdalena...

“Sufrí una operación cruelísima, un amigo me habilitó para que pusiera un cafecito y en él ando en la vida con mi pie de palo.

“Cuca es mi amparo y mi delicia, tenemos tres patriotas como unos serafines.

Cuando llega el 15 de septiembre se cuelgan cortinas en el café y se ponen luminarias. A la hora del grito les digo a mis hijos y a Cuca lleno de alegría: “¡A la plaza muchachos, a la plaza, vámonos al grito y a recordar también... la fiesta del pueblo de 1847.”

Fidel

Guillermo Prieto (1818-1897)

Poeta, político liberal, periodista, dramaturgo. Nació en la Ciudad de México. Pasó su niñez en el Molino del Rey, a un lado del Bosque de Chapultepec, donde su padre, José María Prieto Gamboa, administraba el molino y la panadería. Al morir éste en 1831, la madre, Josefa Pradillo y Estañol, perdió el juicio y el pequeño quedó desamparado. Trabajó como empleado en una tienda de ropa y poco después, bajo la protección de Andrés Quintana Roo, obtuvo una plaza en la Aduana y pudo inscribirse en el Colegio de San Juan de Letrán para continuar sus estudios. Publicó sus primeras poesías en 1837, en el calendario que entonces imprimía la Librería Galván.

Comenzó su carrera de periodista como redactor del *Diario Oficial* en la época de Anastasio Bustamante. Luego ingresó en *El Siglo Diez y Nueve*, donde se inició como crítico teatral. Colaboró también en el *Monitor Republicano*. Fundó, con Ignacio Ramírez, el periódico satírico *Don Simplicio* en 1845. Fue diputado del Partido Liberal en varios periodos, aun en el Constituyente de 1857; senador; ministro de Hacienda con Mariano Arista (14 septiembre de 1852 al 5 enero de 1853); Juan Álvarez (6 octubre al 6 diciembre de 1855) y con Benito Juárez. Sostuvo con fervor el Plan de Ayutla. Fue un patriota decidido, esforzado, inteligente, sin mancha. Cuando en 1890 el periódico *La República* abrió un concurso para determinar quién era el poeta más popular, el escrutinio favoreció a Prieto. Usó en sus escritos frecuentemente el seudónimo de "Fidel". Aparte de crítico teatral fue dramaturgo. Su primera obra, *El alférez*, fue estrenada en 1840. Luego escribió *Alonso de Ávila* (1842), y un "capricho dramático" en un acto y en verso, que tituló *El susto de Pinganillas* (1843) y que compuso para ser

representado por sus alumnos del Colegio de San Idelfonso. Guillermo Prieto es, sobre todo, el poeta popular y el creador de cuadros de costumbres. Perteneció a la escuela romántica y a la Academia de Letrán de la que fue fundador. En la poesía, sus principales obras fueron: *La musa callejera* y el *Romancero Nacional*. En la última ensaya la poesía épica y recibe de Altamirano la investidura de “poeta nacional”. *El Romancero* está a tono con el tema y con la época de exaltación patriótica. Lo más fructífero del nacionalismo de “Fidel” está en *La musa callejera*, que emprende la rehabilitación del tesoro folclórico de México. Sobre su tono festivo e irónico está su pasión política y su celo por la reivindicación del pueblo. Apenas hay acontecimiento popular que no esté registrado en sus variados aspectos, ni personaje típico que no esté inscrito en su heterogénea galería. *Los San Lunes* de “Fidel” narra con amenidad todos los acontecimientos políticos, sociales y religiosos de su tiempo. En el *Semanario Ilustrado* se lee “la correspondencia del Nigromante y de Fidel”, de carácter satírico. *Las memorias de mis tiempos*, de 1828 a 1853, es una agradable crónica, muy amplia en el aspecto literario que abarca. Las impresiones de viajero quedaron consignadas en *Viajes de orden suprema* (1857) y *Viaje a los Estados Unidos* (1877-1978, 3 vols.) Debe mencionarse, entre su producción no literaria, *Indicaciones sobre el origen, vicisitudes y estado que guardan actualmente las rentas generales de la Federación Mexicana, de 1850*; *Lecciones elementales de economía política*, de 1871 y 1888; *Breve introducción al estudio de la Historia Universal* y *Lecciones de historia patria*, escrita en 1886 (varias eds.) Murió en la Villa de Tacubaya, Distrito Federal.

Descarga todas nuestras publicaciones en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com
@BRIGADACULTURAL

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el mes de agosto del año 2014, para su distribución gratuita. Cortesía de la Rosa Luxemburg Stiftung y Para Leer en Libertad A.C.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.